









































































































































































































piensan, habremos aprendido lo que los pueblos indígenas nos han repetido tantas veces: “No tenemos la Tierra, es Ella quien nos tiene”.

- Una sexta postura sugiere que el virus vino a imponer una perspectiva femenina sobre el mundo: reatar los nudos de la vida comunal con su ley de reciprocidad y ayuda mutua, adentrarse en el “proyecto histórico de los vínculos” con su meta idiosincrática de felicidad y realización, recuperar la politicidad de lo doméstico, domesticar la gestión, hacer que administrar sea equivalente a cuidar y que el cuidado sea su tarea principal. A eso lo he llamado en estos días un “Estado materno”, como distinto a aquel Estado patriarcal, burocrático, distante y colonial del que nuestra historia nos ha acostumbrado a desconfiar.

Seamos honestos: todas estas apuestas pueden ser perfectamente convincentes, dependiendo de cuál sea el proyecto histórico al que se adhiere y cuáles los intereses que nos representan. Todas son igualmente interesantes e inteligentes, pero todas son omnipotentes, en el sentido de que pretenden, de antemano, vencer en la ruleta del tiempo. Todas adolecen de la neurosis de control del Occidente en su empeño por encuadrar la historia en un rumbo previsible. Muestran la inculcada *incapacidad de estar*, para evocar aquí inevitablemente el rescate de la potencia del tiempo en su fluencia emprendido por nuestro filósofo, Rodolfo Kusch, cuando sustituyó el ser heideggeriano por el *estar* andino.

Problemas que ya existían se muestran exacerbados y se han vuelto más visibles, han aflorado y rasgado una superficie que antes no les daba acceso. El proyecto histórico del capital, y su estructura manifiesta en lo que he llamado “proyecto histórico de las cosas”, como opuesto al “proyecto histórico de los vínculos”, había vedado con eficiencia la conciencia de la finitud. Necesitaba colocar la muerte en un planeta distante. Pero hoy tenemos un gran funeral mediático, con centenas de ataúdes impudicamente expuestos. Es posible que esto desvíe nuestro deseo en otra dirección que la acostumbrada: ¿qué importancia podrían tener las marcas, frente a la presencia de la Muerte en el vecindario? Mejor pongámonos cómodos. ¡Total...!

Resulta, además, que las plagas siempre son bíblicas, pedagógicas, aleccionadoras. De repente, es posible preguntarse si el orden institucional y la usina económica a que respondía no era ficcional, si el universo que habitábamos no adolecía ya de una precariedad insostenible. Más que por las muertes que ocasiona –pues decesos y mortandades ya hemos visto muchos, pero no han parado el mundo–, es el desconcierto, descontrol e imprevisibilidad que la microscópica criatura ha introducido lo que viene a molestar la credibilidad del sistema. Por ejemplo, ha venido a demostrar que se puede cambiar la realidad prácticamente “de un plumazo” presidencial. He aquí una *pedagogía ciudadana*: nada es inamovible, basta la voluntad política para que todo pueda ser alterado. En materia de gestión de la vida, constatamos que es posible transformar el mundo en un gran laboratorio en el que se realiza un portentoso experimento. Y eso es lo que les mueve el piso a los dueños del planeta.

Que nadie venga a decirnos ahora que “no es posible ensayar otras formas de estar en sociedad” u otras formas de administrar la riqueza: se puede parar la producción y se puede parar el comercio. Estamos presenciando un acto de desobediencia fenomenal sin poder adivinar cuál será la ruta de salida. El mundo se ha transformado en el vasto laboratorio donde un experimento parece ser capaz de reinventar la realidad. Se revela, de repente, que el capital no es una maquinaria independiente de la voluntad política. Todo lo contrario. Estamos ahora frente a la evidencia que siempre los dueños de la riqueza y sus administradores buscaron esconder: la llave de la economía es política, y *las leyes del capital no son las leyes de la naturaleza*. Estamos frente a un Estado de excepción inusitado que, a la inversa, ha apretado la palanca que suspende el funcionamiento de la gran usina que confundíamos con el orden divino. Un pseudoorden divino, una impostura cuya perfecta metáfora es el famoso becerro de oro bíblico, el falso dios que desorientó al pueblo de Israel en su travesía a Canaán: una gran plaga sobrevino por colocar un falso dios en el lugar del verdadero. El capital es el falso dios, la Madre Tierra es el verdadero. Y eso son los mitos en la gran episteme de la especie: siempre nos pautan la lectura del presente.

Proteger la vida, cuidar de ella en un aquí y ahora y a como dé lugar, en un presente absoluto, es todo lo que importa. No así los pronósticos y las declaraciones de principio e intención moral, pues, como he argumentado en otra parte, en esta fase apocalíptica del capital, el discurso de persuasión moral se ha vuelto inopecuo frente a la *pedagogía de la crueldad* que ha inoculado nuestros corazones y conciencias con el antídoto efficacísimo que cancela la percepción empática del sufrimiento ajeno. Además, las pautas a futuro basadas en una supuesta idea general del bien son arriesgadas: cualquier falla en la cláusula que hayamos establecido y la construcción entera se agrietará; cualquier decepción, y nos parecerá derruirse la estructura que cuidadosamente hayamos edificado. Trabajar en la predicción es peligroso, pues no tenemos datos claros ni sobre el presente ni sobre el futuro. No conocemos con precisión lo que nos amenaza. Lo que importa es aprender a estar, cuidar como se pueda y soportar el suelo en movimiento debajo de los pies. He sugerido en otra parte que una politicidad en clave femenina se adapta mejor a este tipo de contingencia en la que salvar la vida es todo lo que importa.

En más de un texto he presentado al Estado como la última etapa de la historia del patriarcado. He dicho que cuando la tarea política masculina deja de ser una entre dos tareas políticas, y el espacio donde se ejecuta deja de ser uno entre dos espacios –el público y el doméstico, cada uno con su estilo propio de gestión– para convertirse en una esfera pública englobante y el ágora única de todo discurso que se pretenda dotado de politicidad, es decir, capaz de impactar en el destino colectivo, en ese momento, la posición de las mujeres, ahora secuestradas en la cápsula de la familia nuclear, se desploma a la calidad de margen y resto, expropiada de toda politicidad. Sin embargo, se me ocurre que el *enfoque albertiano*, su manera de hablarnos, es, al menos en esta circunstancia, una gestión doméstica de la nación. “Materna”, he dicho públicamente, porque lo materno y lo paterno no dependen del cuerpo en que se depositan, como nos ha enseñado desde hace tiempo la útil y vilipendiada categoría “género”, gran formulación del feminismo que nos ha permitido desenzualizar, desbiologizar roles y sexualidades. Alberto nos pide aunarnos, genera

una experiencia infrecuente en nuestro país. Genera comunidad, nos pide que depongamos la discordia e intentemos reinicializar para enfrentar lo desconocido; dice que nos va a proteger y que va a considerar las necesidades materiales en su desigualdad. Es por eso que he dicho que parece encarnar un Estado maternal, una gestión doméstica, como una innovación. No puedo dejar de recordar aquí las dos nociones de patria a que el maravilloso ensayo de Jean Améry “Cuánta patria necesita un hombre” hace referencia: la patria patriarcal, bélica, defensiva, amurallada, y la patria maternal, hospitalaria, anfitriona. Las lenguas nórdicas tienen dos palabras diferentes para ellas: *vaterland* o *fatherland* la una, y *heimat*, *homeland*, la patria hogar, la otra. Es imprescindible destacar este acontecimiento, la diferencia albertiana, porque al teorizar no solo describimos los eventos, sino que también los prescribimos, los hacemos ser, les otorgamos realidad, les alentamos un camino. Tenemos que identificar y nombrar las novedades que aparecen en la desconocida escena del presente.

Más que una fantasía de futuro, debemos prestar atención a lo que de hecho hay, las propuestas y prácticas que emergen, lo que la gente está concretamente haciendo e inventando. Lo que ocurre aquí y ahora a nuestro alrededor, entre nosotros. De nuevo: la politicidad en clave femenina, como he dicho otras veces, es tópicica y no utópica, práctica y no burocrática. En esa vigilia, maneras de sustentar la vida que estaban al rescoldo se van reencendiendo lentamente. Nos vamos dando cuenta de que al menos una parte de la capacidad de subsistencia tiene que quedar necesariamente en manos de la propia gente. Resurge en nuestro país la memoria de 2001. Nuestra propia *Odisea del espacio*, infelizmente archivada. Un sentimiento de pérdida muy grande se experimenta cuando nos percatamos de que, en el momento en que el Estado retoma eficientemente las riendas de la economía nacional y se supera el período de la gran carencia, toda aquella economía popular se desintegra. En la hambruna e intemperie de 2001, surgieron estructuras colectivas, el individualismo recedió y el país pasó por una mutación que se deja sentir hasta hoy. Pero cuando el problema de las necesidades materiales inmediatas se resolvió, nada promovió la permanencia de esas estructuras operativas que se habían creado.

He defendido que el buen Estado es un Estado restituidor de fuero comunitario, protector de la producción y el mercadeo local y regional, capaz de foguear un camino anfíbio: no podrá abdicar del mercado global porque de sus dividendos provienen los recursos para sus políticas públicas, pero tampoco deberá abandonar la autosustentabilidad de las comunidades, la soberanía alimentaria y el mercadeo local, arraigado, que, como en el caso presente, vuelve a hacerse crucial para la sobrevivencia. Un buen Estado transita entre los dos caminos y blindo al más frágil, para que sus saberes, sus circuitos propios de mercadeo, sus tecnologías de sociabilidad y sus productos no se pierdan, ni tampoco su autonomía. Vemos nuevamente hoy cómo resurgen a nuestro alrededor las pequeñísimas huertas en balcones, corredores, galerías y patios, las trocas de sus productos entre vecinas; propone el gobierno las cuarentenas comunitarias, en barrios que se cierran como comunas; retoman su papel los colectivos, hacen colectas, se organizan para que la gente coma, y mis vecinas santelmeñas en red me preguntan todos los días qué necesito. No olvidemos a los millones de hindúes *walking home*, un lugar que nadie jamás debería ser obligado a dejar. Vemos la ansiedad por la vuelta al terruño en todas partes, y tenemos la obligación de entender este movimiento visceral, atávico, de volver a casa.

El problema que resta es ¿cómo garantizar que esa experiencia quede registrada en los discursos del tiempo pospandemia y permanezca audible para, de esa forma, evitar que sea rehecha la fantasía de normalidad y de inalterabilidad que nos capturaba? ¿Cómo retener la experiencia de un deseo que, al menos durante este intervalo, se encaminó libremente hacia otras formas de satisfacción y realización? Habrá fuerzas habilidosas, muy bien instruidas, estudiando el tema para clausurar esa memoria, desterrarla, dejarla bien vedada, para de esa forma garantizar la continuidad de una “normalidad” que la pandemia había interrumpido. ¿Cómo estar preparadas para que el olvido no suceda? ¿Cómo evitar, también, que la pérdida de experiencia acumulada en 2001 vuelva a ocurrir?

## 10. Por una diplomacia de la modestia

**Juan Gabriel Tokatlian**

Las bifurcaciones se desencadenan cuando sistemas complejos están sobretensionados, empujados más allá de su umbral de estabilidad. La evolución de los sistemas complejos es fuertemente no lineal, está llena de saltos y sorpresas. Podemos asegurar que importantes bifurcaciones sacudirán el mundo. El anuncio está escrito en la pared: por todas partes surgen inestabilidades. Las futuras bifurcaciones podrían dar origen a una mayor injusticia, a variedades asimétricas de interdependencia, y a una escalada de conflictos. La bifurcación es siempre un arma de doble filo. En uno se encuentra la fuente del caos creativo; en el otro, pende la espada de Damocles que, al caer, destruye todo lo que encuentra a su paso.

**Ervin Laszlo**

### **El tiempo de la ilusión**

Al término de la Guerra Fría se produjo, sobre todo en los países más desarrollados, una repentina euforia acompañada de una convicción indubitable. Al inicio de los noventa se proclamó el fin de la agresiva competencia entre Washington y Moscú. Los Estados Unidos –el *primus inter pares*– y sus aliados en Europa tenían la oportunidad de moldear un “nuevo orden”; era el momento del llamado “dividendo de la paz” en materia de seguridad y del “Consenso de Washington” en materia económica.

Se suponía que este nuevo orden estaba destinado a superar las limitaciones de la era bipolar y a propiciar un ordenamiento

no solo estable sino justo. Tendría varios componentes, pero la globalización sería su pilar básico. Se entendía entonces que las naciones y sus sociedades debían plegarse a esa dinámica para así maximizar los beneficios de la liberalización comercial, la desregulación financiera, la readequación productiva y la revolución informática, al tiempo que la mayor interdependencia global derivaría en un bienestar palpable y masivo.

A su turno resultaba esencial potenciar el multilateralismo y con ello los regímenes, las instituciones y los foros internacionales. Las expectativas lucían promisorias: se esperaba un reforzamiento de la legitimidad de la ONU, la reforma efectiva de su Consejo de Seguridad, la disminución del proteccionismo mediante la creación de la OMC, el impulso a la integración a través del lanzamiento de la Unión Europea, etc.

Asimismo, en los albores de la Posguerra Fría se vivía lo que Samuel Huntington supo sintetizar como la tercera ola democratizadora. El ímpetu a favor de la democracia liberal mostró signos inicialmente alentadores. En ese marco, Francis Fukuyama anunciaba –tomando prestado el concepto de Alexandre Kojève– la gradual consolidación del “Estado homogéneo universal”. Finalmente, en ese nuevo orden en gestación, la denominada agenda de la “alta política” –las cuestiones de defensa y la guerra– sería sustituida por otra que pondría el acento en los derechos humanos, el medio ambiente, el desarrollo y el desarme.

Hacia la segunda mitad de los años noventa, ese escenario optimista comenzó a desdibujarse al compás de hechos que iban a contrapelo de las previsiones auspiciosas: las crisis financieras de México (1994), Asia (1998) y Rusia (1999); la burbuja de las puntocom (2000); la doble acción militar de Rusia en Chechenia (1994 y 1999); la guerra de Kosovo (1998-1999) y la intervención de la OTAN; el aumento del número, variedad y letalidad de los actos terroristas; el acentuado crecimiento de la desigualdad, entre otros. En realidad, los atentados del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos fueron, simbólicamente, el fin de un ciclo corto marcado por una ilusión excesiva.



## ¿El tiempo de la desilusión?

Mucho ha sucedido desde entonces. El recurso a la fuerza no ha cedido, como lo atestiguan las guerras perpetuas desplegadas por los Estados Unidos. Asistimos a un complejo proceso de redistribución de poder, ahora con el acelerado ascenso de una nueva gran potencia como China, con el resurgimiento de una Rusia asertiva y agitadora, y con el extravío de Europa.

La gran recesión irrumpió en 2008 sin que, a pesar de las promesas del G-20, se hubiera acordado una eficaz regulación del capital financiero. La retracción de la democracia liberal ha sido persistente, en particular desde 2005, sin que podamos anticipar a qué playas híbridas o autoritarias podría llegar la última ola democrática. Resulta notorio el paulatino y hondo desmantelamiento del Estado de bienestar en el Occidente más desarrollado y, con ello, los problemas agravados en materia de salud, educación, justicia. Se fue enraizando una globalización asimétrica portadora de mayor desigualdad e inseguridad para los ciudadanos. La aguda crisis del multilateralismo no cesa, y se agrietan organizaciones, regímenes y ámbitos de cooperación. Además, en distintas latitudes surgen proyectos políticos reaccionarios con eco en sociedades fracturadas y fastidiadas.

Este es el contexto en que estalló el coronavirus, una pandemia que revalida la desilusión frente al estado de cosas pero que no necesariamente implica que, ahora sí, de inmediato, vayan a forjarse Estados pujantes y un sistema mundial prometedor. Es claro que lo que presuntamente funcionaba ya no opera en el corto plazo: se ha debilitado la hegemonía intelectual, cultural y moral del neoliberalismo, pero aún no está derrotado. En todo caso, una alternativa progresista y superadora será el resultado de fuerzas, fenómenos y factores sociales y políticos cuyo despliegue habrá que observar con detenimiento. Hay que recordar que “la bifurcación es siempre un arma de doble filo”.

## Mirando a América Latina

América Latina es una unidad de análisis excesivamente heterogénea al momento de evaluar sus retos y dilemas. No obstante, también es cierto que existe un conjunto de condiciones, necesidades, intereses y aversiones que atraviesan toda la región. En ese sentido, el péndulo ilusión-desilusión siguió una trayectoria singular que no fue un espejo exacto de lo que aconteció a nivel mundial. Hagamos un brevísimo desvío retrospectivo.

Los años setenta fueron para la región una década perdida en términos políticos, con escasos islotes de limitada democracia y la extensión de gobiernos autoritarios caracterizados por la violación sistemática de la ley y de los derechos humanos, la eliminación de una generación política de recambio, la desarticulación de los partidos políticos y la desvalorización de la ética pública, todo lo cual significó un enorme debilitamiento institucional. Los años ochenta fueron la década perdida en materia económica, con bajo crecimiento, alto endeudamiento, mucha volatilidad, creciente informalidad laboral, pobre capacidad tecnológica y desplome de la calidad de vida. Los años noventa configuran la tercera década perdida: en el ámbito de lo social, se profundizó la desigualdad, se incrementó la pugna entre clases, se mantuvieron altos los índices de pobreza, creció la criminalidad, se multiplicó el desempleo, se descuidó la educación y se deterioró la salud.

Con ese telón de fondo, la primera década del siglo XXI mostró lo que algunos denominaron una “nueva” América Latina. El dato más trascendental fue el significativo aumento de los precios de los productos primarios agrícolas, mineros y energéticos que exporta la región. Ello permitió altas tasas de crecimiento y la posibilidad de incrementar las arcas de los gobiernos, que se encontraban disminuidas por las medidas promercado de los lustros previos. A lo anterior se sumaron los intentos por ampliar la democracia mediante diversas experiencias nacional-populares y de izquierda. También fue posible, en particular en América del Sur, recuperar una histórica aspiración de la región: acrecentar la autonomía relativa mediante la unidad colectiva ante asuntos cla-

ves, la diversificación de las relaciones exteriores y el *soft balancing* (los resortes activados por las instituciones internacionales y por una serie de instrumentos legales y diplomáticos para frustrar o restringir el uso abusivo del poder y las acciones agresivas de las grandes potencias, así como para defender o hacer valer intereses propios). Contribuyeron a eso tanto el auge económico de China como la desatención política de los Estados Unidos.

Pero a pesar de un contexto interno e internacional propicio, la matriz social, política y económica de los países de América del Sur no se alteró significativamente. Se redujo la pobreza, pero no la fragilidad de los sectores populares. Se recuperó el rol del Estado, pero no necesariamente sus capacidades. Se creció a tasas importantes, pero no hubo una mejora sustantiva en materia de innovación científica y tecnológica. Así, el tiempo de la ilusión en la región también fue breve.

El segundo lustro de la segunda década del siglo XXI mostraba una América Latina que había ido perdiendo gravitación en el mundo y donde los países parecían abocados a disentir cada vez más entre sí. Lo primero condujo a la debilidad y lo segundo, a la fragmentación: ambas potencian la dependencia. Si se observan históricamente diversos indicadores –votaciones convergentes en el marco de la ONU, participación en las exportaciones mundiales, nivel de primarización de las economías, inversión en ciencia y tecnología, índices de desigualdad, atributos militares, ranking comparado de *soft power*–, se advierte el declive de Latinoamérica en contraste con otras regiones.

A su vez, si se observan los ámbitos e iniciativas de concertación e integración de la región, hay un franco retroceso. Una mezcla de estancamiento, fragilidad y decadencia atraviesa por igual, aunque con variada intensidad, el Mercosur, la Comunidad Andina de Naciones, la Alianza del Pacífico, el ALBA, la Celac, la OEA y la Unasur. La crisis financiera de 2008 mostró que las opciones nacionales y aisladas prevalecieron sobre las alternativas subregionales y mancomunadas. Dinámicas exógenas como el auge de China reforzaron la primarización económica y los incentivos para buscar atajos particulares. La llegada de gobiernos de derecha a distintos países de Sudamérica puso en evidencia la

preferencia por el “sálvese quien pueda” y la opción de un claro acercamiento a Washington.

Debilitamiento y fragmentación han derivado en una mayor dependencia externa, tanto de un poder declinante como los Estados Unidos como de un poder ascendente como China. El corolario estratégico es el deslizamiento hacia modos de aquiescencia en vez de opciones autonómicas. Así, respecto de Washington, prevalecen el acoplamiento –esto es, aceptar el statu quo internacional, plegarse a los intereses estratégicos de los Estados Unidos, y no adherir a esquemas de integración y concertación regional profundos– y el acomodamiento –prácticas caracterizadas por el recurso a la concesión respecto de las preferencias o exigencias de Washington para evitar su molestia, ira o castigo–.

Este es el contexto regional en que arriba el covid-19 a América Latina. La pandemia se inserta en medio de la desilusión generada por la desaceleración económica, la convulsión política, el descontento social y la disgregación diplomática.

### **Mirando a la Argentina desde el reloj del Apocalipsis**

En 1947, dos años después de los bombardeos en Hiroshima y Nagasaki, la junta directiva del *Bulletin of the Atomic Scientists* de la Universidad de Chicago, la revista académica más respetada en la materia, ilustró su portada del número de junio con un motivo especial: el Doomsday Clock, conocido como Reloj del Juicio Final o el Apocalipsis. En ese reloj simbólico, la medianoche indica la amenaza de una destrucción total y catastrófica de la humanidad. Ese año, al calor de la incipiente Guerra Fría y como advertencia sobre los peligros en ciernes por una eventual confrontación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, la manecilla se localizó a 7 minutos de las 12, la hora fatal. En 1991, al terminar la Guerra Fría y en medio de lo que se proclamaba entonces como el florecimiento de un promisorio “nuevo orden” liderado por Occidente, la manecilla se ubicó a 17 minutos de las 12. Las tensiones crecientes entre naciones poderosas, la persistencia de distintas pugnas regionales sin solución previsible y la ausencia

de iniciativas fecundas y cooperativas ante los graves problemas globales llevaron a que, en 2016, la aguja se moviera a 3 minutos, y en 2018 a 2 minutos de las 12.

Pues bien: el 23 de enero de 2020 la revista decidió una nueva actualización. Con la irrupción y expansión de la pandemia la manecilla se sitúa ahora a 100 segundos de la hora catastrófica. Otra vez, como nos recuerda el epígrafe sobre las bifurcaciones, en coyunturas críticas “por todas partes surgen inestabilidades”. Hoy se vislumbran en el terreno mundial y en el plano regional. En el mundial, se va a exacerbar la disputa entre los Estados Unidos y China, aumentará la tentación de las potencias de recurrir a la amenaza y/o al uso de la fuerza, reafirmar un nacionalismo refractario, estrechar el multilateralismo y preservar una globalización asimétrica. En el regional, es muy probable que las consecuencias de la pandemia agudicen las protestas sociales, la impugnación de las élites gobernantes, el deterioro económico y la dispersión diplomática.

A mi entender, al menos en el corto plazo, la pospandemia no derivará en un replanteo sustantivo y progresista de las relaciones internacionales. Más aún, es muy probable que se potencien tensiones y contradicciones vigentes y que ingresemos a un escenario muy delicado, no ya volátil en lo económico e incierto en lo político, sino profundamente turbulento y potencialmente descontrolado en múltiples niveles y ámbitos. Si este sintético diagnóstico es verosímil, entonces parece más sensato contemplar diversas estrategias de control y reducción de daños en los planos nacional, regional y mundial. En suma, evitar más conflictividad.

¿Cuál podría ser una política exterior para esta hora? La literatura de las relaciones internacionales no ofrece demasiadas guías. Las políticas externas que más se han estudiado son las de los poderosos y las de las naciones que ascienden en el escenario mundial. Son escasas las investigaciones sobre los países que han declinado o sobre la diplomacia en tiempos de crisis de envergadura. El caso argentino, donde se produce esa intersección agravada a su turno por una doble crisis –la de la actual pandemia y la de una situación socioeconómica heredada–, es un reto conceptual y empírico.

Lo que podríamos afirmar es que reconstruir poder, influencia y reputación exige primero una condición interna que lo facilite y lo concrete; demanda un consenso local ampliado que le dé sustento social y político a ese intento; implica comprender que la reconstrucción exige mucho esfuerzo y paciencia; y requiere establecer políticas que procuren más socios y menos hostilidad a nivel internacional.

Quizá sea tiempo de una política exterior “maquiavélica” en su sentido virtuoso. Me refiero explícitamente a la idea que Nicolás Maquiavelo expresa en *El Príncipe*, cuando destaca y cuestiona el “que muchos crean y hayan creído que las cosas del mundo están regidas por la fortuna y por Dios”. A esa creencia le antepone el valor y el alcance de la virtud cuando aconseja “proceder con moderación, prudencia y humanidad”. Hoy, en tiempos de inquietud y contingencia, quizá la *Realpolitik* internacional de la Argentina radique en la modestia y la flexibilidad.

# 11. Historia del cine, 2001-2020

Mariano Linás

Hay que decirlo: la espectacularidad de la pandemia, su anomalía fulminante dentro de una cotidianidad que había acabado por convertir la novedad en rutina, resulta ideal para las diferentes tribus que, desde orientaciones diversas, disfrutan desde hace años anunciando el Apocalipsis. Así, con mayor letalidad que el virus y con mayor desenfado, detrás de sus barbijos de *outlaw*, los globalifóbicos anuncian el fin del proceso iniciado con Marco Polo, los ecologistas describen la situación como el castigo (bien merecido) a la especie humana por parte de sus primos lejanos después de años de tiranía y explotación, la palabra *extractivismo* baila en las bocas de todos como si fuera Isadora Duncan, y los afiliados al Partido Obrero (pero ahora no solo ellos) determinan que el capitalismo, ahora sí, no va más.

El asunto no es nuevo, y la relación entre la peste y los agoreros es vieja como el mundo mismo. Acaso más interesante que esos estertóreos anuncios sea revisar en qué medida las novedades de las cuales dan cuenta estaban allí antes de que nos encerráramos en nuestras casas, y en qué medida la situación ha servido para darles una pátina de dignidad y hasta de urgencia. El entusiasmo con el que los hombres de todo el planeta se han refugiado en sus pequeños habitáculos es una señal inequívoca de que ese largo fin de semana de lluvia era algo que se estaba esperando desde hacía demasiado tiempo, sin que nadie llegara a advertirlo. Suponer que el mundo ha cambiado, o que cambiará, no tiene mayor sentido si no analizamos con cierta templanza cómo estaba la cosa en el instante anterior a que el anónimo *gourmand* del mercado de Wuhan sumergiera la cuchara en su sopa de murciélago.

Dejo a otros especialistas la neoxenofobia, la globalifobia ecologista, el retorno de los paternalismos políticos, la mutación de

las políticas progresistas en meras formas superficiales del discurso, la infantilización del ciudadano, la hipersubjetivización banal de la experiencia política a través de los mecanismos digitales de expresión, y demás cuestiones importantes. Yo nada sé de eso. Los enanos son para los circos, y los circos son para los enanos. El circo de este enano se llamaba cinematógrafo y en los tiempos anteriores a la peste se había convertido en una cosa tan extraña, nos habíamos resignado a una versión tan distinta de él, que no está de más ensayar una serie de apuntes que nos recuerden *qué* era, *cómo* era y *para qué* era, ahora que nos dicen que está a punto de cambiar para siempre.

### **Perder el centro**

Lo primero que hay que decir es que, en los primeros años del siglo XXI, el cinematógrafo había perdido por completo el lugar en la sociedad que lo había caracterizado en los cien años precedentes. Cada vez menos gente iba al cine. El centro de las ciudades, de los barrios y de los pueblos, que antes tuvieran su palacio de la ficción junto con la iglesia y el edificio municipal, había abandonado esos gigantescos auditorios a tareas funcionales como playas de estacionamiento y templos dedicados a los nuevos credos pentecostales. Las sociedades lamentaron esas mudanzas y esas desapariciones con tristeza y ánimo nostálgico, como quien despidе una época pasada o se entristece ante el cierre del bodegón en el que transcurrieron sus mejores recuerdos, pero al que no iba hace quince años. Eso fue todo: una serie de notas coloridas y románticas, una enumeración de recuerdos, la añoranza de los fastos *kitsch* del cine Hindú o el Luxor, y a ahogar las penas en DVD o en programas de noticias. Nadie advirtió en qué medida esa pérdida del centro como eje del comportamiento de las masas ociosas generaría formas de pensamiento no menos descentradas; y en qué medida la sociedad iba a cambiar una vez que el vocablo *salir* (que sistemáticamente había definido una serie de prácticas ordenadas) perdiera todo significado. Salir: encontrarse en un bar, tomar una cerveza mientras se hacía la hora de entrar al cine,



ver la película, ir a comer a Pepito o elegir una porción de pizza en Güerrín, comprar un libro, de vuelta a La Paz y después quién sabe. El complejo tejido social y económico que implicó la desaparición de la película como centro de ese sistema planetario quedará, una vez más, a cargo de los especialistas. Para el oficio cinematográfico, en cambio, las consecuencias fueron más evidentes.

El primer fenómeno que hay que señalar es que, si bien las sociedades resignaron rápidamente lo que significaba *ir al cine*, no fueron igualmente elásticas a la hora de pensar lo que era una película. Como si no advirtieran la relación inexorable entre las grandes salas de apariencia imperial, preparadas para recibir millones de espectadores, y la materia de las imágenes destinadas a proyectarse en esas mismas salas, la imaginación social siguió pensando las películas como objetos fastuosos, de producción millonaria y aura resplandeciente. Los fastos de la industria del cine (las *premières* llenas de celebridades y fotógrafos, la noche de los *Oscars*, el sistema de estrellas y sus pequeñas industrias parasitarias) continuaron como si nada hubiera pasado, ahora convertidos en un ballet mecánico, dedicado a espectadores que ya no estaban allí. Ya nadie iba al cine, ya no había cines, pero todas las fiestas se seguían haciendo y los periodistas seguían hablando de ellas y los espectadores aceptaban mansamente ese simulacro. Pronto los grandes estrenos dejaron de hacerse en grandes cines y se resignaron a un rincón detrás del patio de comidas de un shopping, y uno veía pasar a las estrellas engalanadas entre las mesas de Burger King buscando la porción del gigantesco edificio en el que se amontonaban los fotógrafos. La imagen de la *estrella* que baja de un automóvil entre flashes de cámaras fotográficas se volvió imposible: el espacio público ya no las admitía. Darín debía dejar su auto en el estacionamiento del DOT, tomarse el ascensor, unos pisos de escalera mecánica, unos metros de tensión entre las mesas, para llegar finalmente al bálsamo de las fotos y los periodistas. Y ahí sí: como hace treinta, cincuenta, cien años, pero cada vez menos, cada día un poco menos. No es de extrañar entonces que ese boato, en forma imperceptible pero inapelable, fuese desplazándose desde el cine hacia el reino de su hermana mala, su máxima rival: la televisión. A fin de cuentas, ¿no era por

televisión que la gente se relacionaba con esas caras y con esas historias? La televisión dejó de ser la que daba cuenta del cine, la que reestrenaba sus grandes piezas (¡*Hollywood en castellano!* ¡*El mundo del espectáculo!*) y se ocupaba de divulgar la vida de sus héroes, y pasó a ocupar el lugar central. Ahora provenían de la televisión –y no del cine– las estrellas, a quienes (en una sutil degradación astronómica) empezó a conocerse como “los famosos”.

Insisto: lo extraño del fenómeno no es esta sustitución de una farándula por otra sino la forma en que el cine, una vez despojado de su lugar central, siguió comportándose como si lo tuviera, y actuando para un público en cuya cabeza aún lo tenía. La contradicción flagrante del cinematógrafo en el siglo XXI es que se trataba de una práctica que cada vez daba menos dinero de la manera en que lo daba tradicionalmente (la venta de entradas), pero al que el público y la industria seguían exigiéndole que fuera caro.

## Refugios

Desde luego, esa particular situación (que recuerda a la figura literaria decadentista del *venido a menos*) puede apreciarse en diferentes aspectos. De todas ellas, ninguna más evidente que aquella institución que ha acabado por convertirse en el último refugio del cine entendido según los parámetros del siglo XX: el festival. Desde mediados del siglo pasado, los festivales de cine funcionaron a la manera de gigantescas ferias o mercados persas; dicho de otra forma: instituciones cuya misión era mostrar y promover la abundancia. Allí llegaban los objetos más audaces y más raros, las piezas para sibaritas, las grandes hazañas del lenguaje y la técnica, las novedades de tierras remotas; también, como el folklore cinematográfico lo requería, constituían una expresión potenciada del brillo y el *glamour*, allí donde se mezclaban las *estrellas* americanas y europeas, y ambas ramas de esa aristocracia profana podían trabar contacto real con la aristocracia vieja. Grace Kelly casada con Rainiero de Mónaco explica esa figura. Como sugería el eslogan de una revista dedicada a las celebridades: *la fama y el dinero, juntos*. El Festival de Cannes funcionó desde entonces como el

baile de palacio del cinematógrafo, la cima de su pirámide: el cine era allí, más que nunca, lo que estaba llamado a ser.

¿Qué pasa entonces con los festivales a comienzos del nuevo siglo, cuando el cine pierde su lugar en el centro del espectáculo? El fenómeno es curioso: en vez de opacarse, se multiplican hasta el infinito. Como si el planeta central hubiera estallado y se deshiciera en una lluvia de asteroides, los festivales de cine comenzaron una expansión descomunal. No es descabellado decir que promediando la segunda década del siglo eran más las ciudades que tenían su propio festival que las que aún no habían conseguido hacerse de uno. Las razones de este desarrollo insólito no son demasiado oscuras: por un lado, en un mundo dominado por la incipiente noción de “industria cultural”, que prefería lo visible por encima de lo eficaz, los festivales se volvieron una manera fácil de sacarle dinero al Estado, cada vez más desorientado (y obligado, al mismo tiempo, por un inesperado consenso social) en el manejo de las partidas públicas de sus heteróclitas direcciones o secretarías de Cultura. Un festival, que llama la atención, que mueve gente, que implica comercio y visibilidad, tiende a parecerle bien a todo el mundo. Los temerosos burócratas culturales (siempre envueltos en una peligrosa timba en la que se juegan sus carreras, en una azarosa mezcla de prudencia y audacia) sentían que podían poner allí sus dineros con una relativa seguridad.

Un detalle superficial explica esta formidable epidemia: en los años noventa era habitual ver en los afiches de los films –en los argentinos, pero también en los polacos o los iraníes– pequeños símbolos de laureles envolviendo letras de tamaño microscópico. Esas mínimas medallas indicaban que el film había ido a festivales; eso determinaba su prestigio y que el espectador debía verlos. Diez o quince años después, el número de esos laureles se había multiplicado tanto que a menudo ocupaban una porción del espacio gráfico aún mayor que el tradicional zócalo destinado a los nombres del equipo técnico. A mediados de la década de 2010, esas mínimas distinciones comenzaron a desaparecer de los carteles. No eran necesarias ya: se entendía que todo film había ido a un festival. Si no había ido a uno, no existía.

Algo más merece ser dicho sobre este último punto. No solo por hipertrofia de festivales es que empezó a dejar de mencionarse en las piezas publicitarias los viajes por el mundo de tal o cual película. También por la desaparición de una creencia: aquella que sugería que el éxito en festivales podía colaborar a que la gente fuera a ver los films al cine cuando se estrenaran. Esa inducción se volvió falsa. Ahora la gente veía esas películas *solo* en los festivales, convertidos en reductos que, más que una instancia de gloria o de consagración, se convirtieron en la condición misma de existencia de los films. Las películas se hacían para ser mostradas en los festivales, para ir saltando de un festival a otro como Roger Moore sobre los cocodrilos, y esa sucesión de viajes constituía, la mayor parte de las veces, la totalidad de su experiencia de exhibición cinematográfica antes de terminar su vida en los asilos numéricos del *streaming* y la descarga.

Eso, antes de la cuarentena, era cada vez más así: un film tenía un año, a lo sumo dos (si conseguía entrar al circuito americano o asiático) para existir. En ese tiempo estaba en boca de todo el mundo, su director se hacía famoso, recorría las capitales de Europa sin pagar ni hotel ni pasajes y nutría su arsenal de libretas Moleskine y de ropas de H&M. Una vez que esa iridescencia se extinguía, su obra era almacenada en los oscuros hangares digitales y su artífice debía reiniciar el espinoso camino para repetir (en dos, cinco, diez años) su derrotero por las ciudades y las playas.

## Los curadores

En ese Nuevo Orden del cine, que barajaba nombres y películas con una efervescencia parecida a la Bolsa de Valores de Roma que Antonioni describiera en *El Eclipse*, no es extraño que los grandes ganadores fueran, más que quienes hacían las películas, los representantes de una nueva clase burocrática que permanecía año a año y que determinaba –ya fuera por omisión, por conservadurismo o por extraños golpes de osadía– el rumbo y el futuro del cine: los programadores, los directores de festivales, los directores de los mercados internacionales de coproducción. En su mayoría

siempre las mismas personas, provenientes de la antes parasitaria casta de los críticos, se convirtieron en los nuevos Nababs del cinematógrafo; a ellos había que temer y había que caerles simpáticos. Ni a Jack Warner ni a Louella Parsons, ni a Mentasti, ni a Claudio España. A una serie de funcionarios atildados y correctos, con maneras de diplomático y la seca actitud distante de un comisario del Politburó, cuya vida transcurría en la clase *bussiness* de los aviones y en hoteles cinco estrellas, y que no hacían otra cosa que ver, con una regularidad fuera de toda recomendación, una película tras otra en la pantalla de sus computadoras portátiles.

Aclarémoslo por las dudas: el párrafo anterior puede parecer despectivo. No es esa su pretensión; es apenas un intento de describir la extraña manera que las películas encontraron para sobrevivir. Si bien es cierto que en un abrir y cerrar de ojos los cineastas comenzaron a pensar y hacer sus películas para satisfacer el gusto de esa clase burocrática, hay que decir también que esa dispersa y difundida élite consiguió recuperar para el cine un lugar preeminente, a salvo de las exigencias de un mercado —el de las producciones comerciales— que cada vez descreía más de la imagen cinematográfica y condescendía a las formas televisivas como único horizonte. Esos árbitros del gusto que dominaron la escena durante veinte años hicieron, dentro de sus posibilidades, un buen trabajo. Es más bien a los directores a quienes deberíamos reprocharles cierto conservadurismo y no a los funcionarios a quienes estaban dirigidas sus obras.

### **Fondos monetarios**

Otra consecuencia que debemos al Nuevo Orden de festivales es el hecho, de ninguna manera evidente, de que las películas cinematográficas siguieran considerándose objetos dignos de protección por parte de los Estados. Más allá de la incesante producción de Hollywood y de algunos fenómenos asiáticos de explotación masiva, ninguna industria del cine fue capaz, a lo largo del nuevo siglo, de evitar la dependencia de las ayudas gubernamentales. La influencia de los festivales a este respecto no puede subestimarse.

Al mantener en torno del cinematógrafo un aura de prestigio e importancia infinitamente desproporcionada en relación con el alcance real de los objetos que se exhibían en ellos, fueron pocos los aparatos estatales que se resignaron a presenciar la caída de sus cinematografías una vez que los espectadores dejaron de sostenerlas. Las cinematografías nacionales (a menudo amparadas en eufemismos de prestigio como “cine independiente” o “cine de autor”, que reemplazaron al devaluado “cine arte”), gracias a esa extraña mezcla de majestad e insolvencia, se volvieron los niños expósitos ideales para la beneficencia cultural; no ya proveniente de la ayuda de sus propios mecanismos de financiación oficiales sino de una serie de fundaciones (en su mayoría de los países ricos) que, mediante la periódica y ordenada distribución de sumas módicas en relación con la industria pero esenciales para formas de producción más racionales, contribuyeron a que un nuevo tipo de cine fuera posible: un cine que no necesitaba recuperar el dinero invertido pues estaba hecho con sumas magras provenientes de subsidios de origen extranjero que no exigían otra retribución que el reconocimiento de ese aporte. A cambio de una placa: € 20 000. Con € 20 000: una película.

¿Cómo era posible? La receta era simple: una utilización innovadora y perspicaz de las nuevas formas de tecnología audiovisual. Básicamente, las cámaras digitales, que llevaban el costo del material virgen a cero, y los programas de edición hogareña, que permitían montar un largometraje en el mismo dispositivo (y con el mismo ritmo) con que se escribía un guión. Ese nuevo modo de producción, que estableció una relación virtuosa con el ya citado circuito de festivales, fue encontrando con el tiempo una barrera que de manera sutil pero inequívoca acabó limitando su desarrollo: la relación con la industria. En efecto, cuando la vapuleada industria del cine advirtió que esos fondos implicaban una manera de conseguir dinero infinitamente más fácil y menos riesgosa que la tradicional excursión en busca de inversores, el recién ganado territorio de caza de las películas pequeñas comenzó a verse invadido por productores tradicionales que, más hábiles que sus jóvenes colegas en el arte de los negocios y las prebendas, acabaron por convertir ese sistema de transferencia directa de dinero

a las películas y a quienes las hacían en algo infinitamente menos dinámico. Lo que era una relación entre un fondo y un artista, rápidamente se vio invadido por los habituales intermediarios, que acabaron de convertir el nuevo sistema en su propio coto de caza.

En efecto, el retorno a escena de la figura del productor (que en las formas más innovadoras había comenzado a ser reemplazado por el productor/director, alguien que coordinaba un equipo pequeño que llevaba adelante el proyecto de un modo orgánico y flexible) implicó también la restauración de un orden en la fabricación de películas cuyo reemplazo la primera generación de “independientes” había insinuado. Con el productor reaparece la noción de “presupuesto”: primero un guión y enseguida un presupuesto; con el presupuesto entran en escena otra vez los dos mecanismos que rigieron desde siempre el procedimiento industrial de fabricación de películas: el esquema de semanas de rodaje y la división de roles del equipo técnico. No hay espacio aquí para desarrollar las diferencias y características de ambos sistemas. Baste decir que, guiados por una atención desarrollista a menudo bienintencionada, los fondos de fomento, uno tras otro, acabaron por decidirse en favor de la constitución de una industria (con sus correspondientes sindicatos, sociedades de gestión, asociaciones patronales y su provisión ad hoc de oficinistas, abogados y contadores), en lugar de un tipo de objeto más pequeño y más ágil, realizado por menos personas pero menos dependiente de formatos y de reglas.

### **Van a desaparecer**

Así, la paradoja de una definición del cine como una práctica afectada de gigantismo, consagrada a una audiencia pequeñísima y en creciente retracción, volvió a escena como la hipótesis central. Pensemos en el modelo argentino, que durante años fue visto como algo virtuoso. En efecto, a todo el mundo le convenía: el dinero, procedente de las grandes producciones de Hollywood y de los impuestos derivados de la televisión, se repartía en grandes cantidades y consolidaba oficios y prácticas. Si bien los directo-

res a menudo debían esperar su turno durante largos años, no sucedía lo mismo con los oficios que giraban en torno de la fabricación de los films: desde los camioneros que transportaban equipos hasta los actores y los extras, todos habitaban con solvencia un escenario en el que el trabajo abundaba y la exigencia –eliminada la obligación que implicaba el arbitrio del público y la taquilla– era relativamente baja. “*Leí el guión. Yo lo hago. Es una mierda pero es guita. Total, al final no lo ve nadie*”. Esa provisión incesante de objetos carísimos destinados al olvido o al desdén, a los que la industria se acostumbró durante demasiado tiempo, y en la que no era fácil ver inconvenientes (si de todas formas cada tanto surgía alguna obra maestra o algún suceso de taquilla que dignificaba la totalidad del sistema), acabó convirtiéndose, sin que casi nadie lo advirtiera, en un camino sin salida, en un peligroso Titanic que se adentraba inadvertido en las aguas polares.

¿Con qué argumentos habrá de sobrevivir, en caso de que ocurra un cataclismo, una industria de un mantenimiento costosísimo cuyos productos, a todas luces, nadie necesita? Pues bien: ese cataclismo ha llegado. Queda entonces una pregunta sin respuesta, lo cual acaso no sea poco.

Hay una cosa que los dinosaurios saben mejor que nadie: en un escenario catastrófico, los primeros en caer son las grandes bestias que engordaron en forma hipertrófica en tiempos de abundancia. Vemos sus huesos en los museos, los niños festejan y se pasean eufóricos entre sus esqueletos, pero nadie extraña realmente su paso por la tierra. Su extinción ha sido una bendición para todos: es gracias a ella que nosotros estamos aquí. Al menos eso es lo que enseñan en el colegio. Cuando el aire se volvió irrespirable y la comida, escasa, solo pudieron sobrevivir aquellos organismos que antes resultaban inadvertidos: los reptiles pequeños a los cuales de a poco comenzaron a salirles plumas, los organismos que reemplazaron la exterioridad del huevo por la seguridad del vientre, los monos cuyos sistemas digestivos aprendieron a sintetizar el almidón que los grandes saurios desdeñaban.

¿Quiénes serán entonces, en el nuevo mundo de las imágenes, cuando los hombres vuelvan a salir de sus casas, esos prosimios ingeniosos y esos pájaros que de tan livianos se hicieron capaces de



desplazarse a través de grandes distancias? ¿Cómo serán esas criaturas nuevas y ágiles, con la adaptación al medio como principal atributo, que a fuerza de astucia fueron capaces de abrirse camino entre los restos de los grandes monstruos y que llegaron a imaginar, de puro audaces, que el mundo era de ellos, que no había límites para su avance, y que cualquier locura les estaba permitida?

Incluso, llegar a la Luna.

Incluso, explorar el fondo de los mares.

Incluso, recorrer la redondez de la Tierra en ochenta días.

Incluso, llegar a un mercado popular, sentarse en una rústica mesa de madera, y, una vez dispensados los correspondientes aderezos, comerse un murciélago.



## 12. Volvió la historia pero no sabemos adónde va

**Martín Rodríguez**  
**Mariano Schuster**

Me pregunto también  
si está incubando un orden distinto, una  
desconocida naturaleza,  
donde puedan instalarse los jardines  
que giran prisioneros por mi cerebro irritado.  
**Joaquín Giannuzzi**, “Paisaje urbano”

Un empresario de grifería plástica transformado en productor de máscaras de protección facial. La dueña de un local de ropa de Once con tres empleadas reconvertida en vendedora de ropa *online* (mientras a las empleadas el Estado les paga el salario). Una parrilla con cuarenta cubiertos diarios pone las sillas arriba de la mesa y los mozos salen a pedalear el *delivery*. Quedarse quieto, para algunos, es que el techo se les caiga encima. Las cosas tienen movimiento. El eje de rotación y la velocidad del mundo cambiaron este tiempo. Pero *lo que pasa en la pandemia queda en la pandemia*, dice Florencia Angilletta, como si hubiera nacido un enorme clóset al que haremos entrar de nuevo, cuando “esto termine”, lo que fuimos mientras esto duraba. Y sin embargo, a la vez, la certeza de que *esta nos tocó*. Y este presente, que se estira en puro presente, nos trae en iguales proporciones el pasado y el futuro. Estamos amasando nuestra vida con las dos manos y con los tres tiempos en la masa. Durará lo que dure, quedará lo que quede, cambiará lo que cambie. Pero lo “Histórico” no se va. A nadie convocaron a marchar para hacer “el 17 de octubre” y fundar una nueva época política. Los obreros de la planta de Fiat de Córdoba no se levantaron para provocar el “Cordobazo” y hacer tronar una generación. Primero el hecho, luego el acontecimien-

to y después el símbolo. ¿Y ahora? ¿Qué es este día largo, polar, noche blanca, en que se convirtió la vida? Cada uno de nosotros con su rueda reconvertida: su zoom, su videollamada, su comentario u opinión, su queja, su clase virtual, su transferencia para dar una mano, con la app de *fake news*, haciendo silencio cuando habla un epidemiólogo, esperando cada conferencia de Alberto Fernández. Prendiendo vela en la noche de la superstición cívica de la que habló Sebastián Carassai: *el Estado sabe por qué lo hace*.

### Somos hijos de pobres

El coronavirus se metió por la ventana que da al mundo. Iba a entrar. Antes, después. Buscarle el sesgo de clase fue ocioso (¿lo trajo la clase media que viaja?). La Argentina no le llevaba un problema al mundo: el mundo se volvía un problema para el país. En la Argentina, en su mayoría, o somos pobres o hijos de pobres o nietos de pobres o bisnietos de pobres. La clase media no “estaba ahí”, no se creó sola, no la trajeron “los barcos”. Las “familias” de la aristocracia forman un museo de mosaicos rotos. Fuimos, en doscientos años, una máquina de integración, masacre, movilidad y mezcla.

En la obra de Pier Paolo Pasolini hay una constante: su mención al neocapitalismo. En la poesía, en el cine, en el ensayo, en las novelas. Esa “mutación antropológica” en el corazón de la sociedad industrial italiana. A Pasolini la pequeña burguesía estudiantil lo atormentaba: usurpaba el lugar de la lucha de clases para ser, a sus ojos, una guerra de jóvenes contra sus padres (una guerra civil, filial, adentro de la clase misma). Sus intervenciones contra la que consideraba una “falsa” sexualidad libre de la pequeña burguesía también se encadenan sobre esta misma zona: el derrumbe de un orden simbólico. En su correspondencia con obreros italianos de los años sesenta, publicada bajo el título de *Las bellas banderas*, les confesaba que prefería conversar con un cura, representante de una cultura, que con un político neocapitalista. Y, como decían sus cartas, se paraba a mirar el baldío que había dejado una antigua casa en Roma, donde se iba a construir

un nuevo edificio, y lloraba en silencio. Pasolini no era nostálgico, no lloraba por un fósil, por algo que ya está congelado o roto o simplemente viejo; era, más bien, un visionario: avizora y narra un orden precisamente en el instante en que ese orden está por desmigajarse. Lo llora para que todavía lo podamos contar.

Lo que ve Pasolini es tanto la proletarización –siempre “torpe”– de los hijos de la burguesía como, más de fondo, el aburguesamiento de esas mismas clases obreras. ¿Con qué cuerpos se iba a escribir alguna historia si la juventud actuaba revolución donde apenas había un gesto reformista y los mayores adoptaban las reformas como si fueran revolucionarias? “Todos quieren ser burgueses”. La sacralidad del mundo pasoliniano, su exploración de los Mitos (como inconsciente popular), el bajo pueblo (ese soldado romano que, en *El evangelio según San Mateo*, mientras clava las manos de Cristo en la cruz, lo mira con interés y compasión), es un serpenteo nada inocente sobre ese borde final de “La Clase”. La idealización de Pasolini: en los suburbios, quienes en el mejor de los casos ofrecen su fuerza de trabajo –y en el otro mejor de los casos su sexualidad, para que la gocen burgueses como él–; en la periferia de Roma, en los pueblos del norte de África, entre palestinos, en los restos de un “afuera”, ahí, detecta una “pureza” no alcanzada por el largo brazo del neocapitalismo, lo que queda de una cultura genuinamente popular, en el sentido de no tocada por la estandarización de la cultura de masas. Pero es una pureza que empieza también a perderse. Dice Pasolini en sus *Escritos corsarios*:

La condición campesina o subproletaria sabía expresar, en las personas que la vivían, una cierta felicidad “real”. Hoy, esta felicidad –con el Desarrollo– se ha perdido. Ello significa que el Desarrollo no es en ningún modo revolucionario, ni siquiera cuando es reformista. No provoca más que angustia. Hoy existen adultos de mi edad tan aberrantes como para pensar que es mejor la seriedad (casi trágica) con que ahora el panadero lleva su paquete envuelto en plástico, con cabellos largos y bigotes, que la alegría “tonta” de otros tiempos. Creen que preferir la seriedad a la risa es un modo viril de afrontar la

vida. En realidad son vampiros felices de ver convertidos en vampiros también a sus víctimas inocentes.

Él la ve, todavía, en los anillos pobres. En los hombres y mujeres del circo, en los pobres que se ríen a carcajada limpia mostrando sus dos o tres dientes, en la prostituta que combina maternidad y sexo desenfrenado, en los muchachitos para quienes lo sagrado parece ser una unidad entre sexualidad abierta, travesuras y pequeños arrebatos. Algo salvaje, maligno, erótico, religioso, “intacto”. Pasolini es un evangelio del siglo XX, una antropología lírica, un hijo del fascismo capaz de separar por amor el cuerpo del padre de su camisa negra.

Esta “imagen” toma formas. El videoclip de la canción de Luis Alberto Spinetta de 1991 (“La montaña”), cuando canta: “Suban a los techos, ya llega la aurora”... Y una familia humilde sube y espera en el techo la llegada del flete que trae el Aurora Grundig. Y se abrazan. ¿Desde cuándo *ya no hay afuera*? Pasolini imaginaba, retrataba insistentemente, como en el final de *Teorema*, un “desierto” por el que corría gritando como loco, desnudo, el padre de una familia burguesa deshecha. Escribía: “Empieza una Italia nueva que basa su nacionalidad real en el poder real de la industria neocapitalista y tecnocrática”.

En un breve documental para la RAI, Pasolini pasea por las calles y playas de la pequeña localidad de Sabaudia. Y describe una sensación inesperada: Sabaudia tiene paredes edificadas por el fascismo pero nunca fue fascista, hay una comunidad allí de vidas honestas, la inocencia de un pueblo no criminal. Hay piedras, pero no está el alma en las piedras. Y vuelve su obsesión: lo que sí penetró, dice, fue la “cultura del consumo”. La última frase que se escucha de su boca: “No hay nada que hacer”. Y baja la mirada, suena el saxo del Gato Barbieri en la interpretación chiruza de “El día que me quieras”, y Pasolini, con su sobretodo y su pelo al viento, desciende por un médano y se dirige al mar. Estamos en 1974 y Pasolini resumía su *realismo capitalista*.

## Las ruinas circulares

El pasado es ayer. Es hoy hace unas horas, un momento siempre distorsionado. Está hecho de timonazos y grandes contracuerdas, saltos enormes, aunque también de historias mínimas. El pasado como autobiografía puede que sea un mal, aunque pequeños millores de hombres y mujeres son los que empujan ese carro.

En un momento, se abre ese cajón, ese almacén de ramos generales que se desempolva en fotos en redes sociales o en WhatsApp. Y ahí entramos todos. ¿Por qué las páginas de Twitter, Instagram y Facebook sobre el pasado funcionan en las sensibilidades “más modernas”? Casi todas se llaman “En el recuerdo”. Cualquier ciudad o cualquier pueblo puede entrar ahí: Buenos Aires o Rosario, General Pico o Ushuaia, Uspallata o Cafayate. Puede haber clubes de fútbol “en el recuerdo”, calles “en el recuerdo”. Hay decenas de cuentas así: “Bar de viejes”, “Fotos de Familia de Mar del Plata”, “Rosario en el recuerdo”, la del Archivo General de la Nación.

¿Por qué nos gusta ese pasado que ni siquiera es nuestro? Arriesgamos respuesta: porque lo es. La agenda de la “izquierda social” de los últimos largos años es una agenda del temor: al futuro y a hablar del pasado. El temor al salto tecnológico. El temor al fin del trabajo. Aparecieron aceleracionistas de izquierda que pretendían hacerse cargo de la imaginación capitalista para un proyecto alternativo. Lo dice bien Alejandro Galliano en el título de su ensayo: *¿Por qué el capitalismo puede soñar y nosotros no?* Lo que se traspapela en ese fetichismo del pasado y en la ansiedad por el futuro es *el presente que hace Historia*. ¿Y ahora? Se achicó la distancia entre *hoy* y el futuro que “imaginábamos”, con terror o ilusión. “Ni todo cambió, ni todo volverá a la normalidad”, nos decimos. Pero ¿ya empezamos a caminar ese tiempo que imaginamos futuro?

Una parte de la política articula el “no” como respuesta a todo. A Uber, a Rappi, a los *bulshit jobs*, a los robots, a la renta básica. ¿Y a qué le dice sí? ¿Al sindicato, la fábrica, el comité, la unidad básica, el Estado “fuerte”?

Entonces, aparece el viejo obrero: el de la película de Mario Monicelli, *La clase obrera va al paraíso*. Ese obrero que nos dice: “Ustedes me interpretan pero no me entienden”. Un tipo que

ama la fábrica y la odia al mismo tiempo. Un tipo que, en el fondo, quiere tener lo que tienen los patrones aunque sabe que no lo va a tener igual.

Lo mejor del sindicato y lo mejor de Uber. Lo mejor de la religión y lo mejor de la izquierda. Lo mejor del trabajo y lo mejor de la asistencia social. ¿No habíamos reclamado soñar? Hay una izquierda que sueña con un pasado ideal –que no fue– y una derecha que vende un futuro ideal –que no será–. Mientras tanto, hablamos del nuevo mundo: renta básica universal, robotización, sistema de cuidados, paridad, ecología. Una ristra de temas. ¿Nombrar un mundo que viene es hacer un mundo? Los cristianos tenían (tienen) una buena expresión para eso: “Venga a nosotros tu reino”.

En el fondo de la falsa dicotomía entre “vida” y “economía”, está la verdad “no dicha”. Es esa verdad que nos dice un lema del pasado, del presente y del futuro: toda vida es sagrada. La política y la sociedad, y no solo la religión, marcan los rumbos de lo que consideramos “sacro”. “Es con todos” fue un buen lema de nuestra campaña. Y nos empuja a tener cuidado para que no termine siendo como la “Canción con todos”, que es, al final, la “canción con los míos”. Canción con los progresistas, canción con las feministas, canción con los socialistas, canción con los peronistas. Si toda vida es sagrada, si nos esforzamos por salvar todas y cada una, entonces también el sueño de cada una de esas vidas lo es. Cuidar vidas es también cuidar personas. Y cuidar personas es cuidar sus deseos.

El *Manifiesto Comunista* era un canto al futuro. Elogiaba el progreso, las infinitas posibilidades que el capitalismo abría. Pero también tenía un perfume del desencanto que sienten el hombre o la mujer que miran para atrás y creen que hay algo que conservar. Dice:

La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurista, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia los ha convertido en sus servidores asalariados. [...] Todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al



fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

¿Se puede mirar al futuro y recuperar parte del pasado? ¿Cómo generar “aura”? ¿El aura del carnicero, el aura del poeta, el aura de la maestra, el aura del juez, el aura del policía de la esquina, el aura del obrero, el aura del rappitendero, el aura de la trabajadora social, el aura de la enfermera, el aura de la madre o del hijo?

Quizá se haya acabado el momento de desmitificar, palabra preferida del diccionario de los últimos veinte años. El momento del mito. Volver al aura. Simone Weil, un eslabón entre ese manifiesto economicista y la conversión pasoliniana, dijo así:

La igualdad es tanto mayor cuando se consideran las diferentes condiciones humanas, no como si una fuese menor que la otra, sino sencillamente distintas. Que la profesión de minero y la de ministro sean simplemente dos vocaciones distintas, como las de poeta o matemático. Que las penurias materiales unidas a la condición de minero honren a quien las sufre.

Para pensar así, hacen falta dos cosas. Materialismo, para saber que las diferencias existen. Espiritualidad y fe, para superarlas. La materia no supera la materia. Imaginar un mundo sin reencantarlo es no imaginar nada.

### **Soñar, soñar**

Hace unos años murió el músico Horacio Molina. Alguien dijo: “El más gardeliano”. Probablemente, tamaña marca se le adosa a algo elemental: al profesionalismo de su voz, que emboca todas las notas y todas las sílabas. Molina fue quizá el único tanguero que pasó por el consultorio de un psicoanalista. De los pocos que padeció el exilio. El único, probablemente, que pisó alguna reunión del PRT. El primero que grabó con Mercedes Sosa. Bicho de Almagro, hoy barrio de bicisendas. De nuevo: el más gardeliano. Escuchemos “Flor de lino”. La forma perfecta en que cada pala-

bra es a la vez una nota. Escuchemos la canción flotando en lo mismo que dice: un campo argentino. No hay una sola forma de ser argentino. No hay una sola forma de vivir el siglo XXI. No hay una sola forma de cantar tango. No hay una sola forma de pensar el futuro y el pasado. Un país no se hace solo con Gardel, una promesa política no se hace solo con Pasolini, una fe no se levanta solo encima de Weil. Un país son sus ídolos y son *sus raros*.

No importa tanto hacia dónde, qué nombre tiene o tendrá, de qué estará hecha, o cuál será esa cuenta o balanza final de los sueños, pero hay una certeza, tan simple como definitiva: estamos viviendo una época histórica. Un momento en suspensión, pero no de quietud, sino de acción. Muchísima. Una acción que puede ser un salto. No hay nadie que esté afuera de ese lodo: estamos separados, más que nunca quizá, pero estamos apretujados amasando ese mañana. Arrojemos una definición de *la historia*: es lo que no necesita traducción. Llega. Sucede. Pasa. Acontece. Es el tren a vapor, las mujeres votando, Mar del Plata llena de trabajadores con sus hijos, la AUH, desengrietar. Saltos cuánticos. Cuando la que toca, como sea que toque, tiene fuerzas arcaicas, bravas; flujos casi magnéticos que van, subterráneos, a cristalizar una época y a la vez a dinamizarla, a llevarla hacia otro lado. No sabemos adónde va, pero sabemos que un fantasma vuelve a recorrer el mundo: la historia.

### 13. La carga viral de la precariedad

Apuntes breves sobre la implosión social  
en la cuarentena

**Leandro Bartolotta**

**Ignacio Gago**

**Gonzalo Sarraís Alier**

Desde hace tiempo creemos que es imprescindible una “inteligencia” de Estado, o más precisamente una “oreja” de Estado, que pueda escuchar más acá de los *rumores* sociales, para sumergirse en la dimensión de los *susurros*. Porque es ahí donde irrumpe a la percepción política lo que nombramos como *social implosionado*. En momentos de pandemia y drama social, esa inteligencia y esa escucha se vuelven aún más necesarias.

A diferencia de los *rumores*, los *susurros* permiten tomar de manera constante el pulso de lo social en crudo y sin tantas mediaciones y parlas. Si consideramos que los *rumores* requieren cierta carga intencional, alguien detrás que los empuje, les insufla realidad y los haga correr –“se pudo todo en”, “mirá que esto no aguanta más, ¿eh?”, “andan diciendo que”–, la diferencia sería que los *susurros* expresan las cosas en su estado natural. Mientras los *susurros* son la banda sonora de las fuerzas silvestres, los *rumores* son el ruido que hace lo político ya hecho lenguaje, forma y expectativa.

No nos interesa mitificar ni celebrar algo así como una fuerza que en esencia sería pura o autónoma de las estructuras de poder, pero sí señalar que una gramática demasiado inflamada por expectativas ideológicas y por cierta sobrefabulación militante suele encapsularse, alejarse de lo real, desentonar con los afectos y hábitos más cotidianos, mostrándose incapaz de percibir dinámicas y conflictividades barriales y urbanas. Sobre todo, aquellas que parecen ocurrir siempre en un opaco más *acá* de lo social: ciudad adentro, barrio adentro, casa adentro, familia adentro, cuerpo adentro.

Los *rumores*, si tienen más o menos armadita y atenta una red y un organigrama, llegan siempre a los fierros del Estado: los pueden llevar y traer funcionarios, periodistas, tuiteros, empresarios, sacerdotes, militantes, fuerzas de seguridad, encuestas realizadas por expertos en marketing político, etc. No decimos que la calidad y la intencionalidad de los *rumores* sean homogéneas, más allá del “sujeto” que los crea o los reproduce –es indudable que la ética que puede tener un empresario o el periodista de una corporación no es equiparable a la de militantes y funcionarias/os piolas–. Los *susurros*, en cambio, son más difíciles de interpretar, de traducir a un lenguaje estatal y público, de convertir en música para los oídos de “la política” (y por ende en respuestas, reflejos políticos, medidas, gestos); y no es tan fácil percibirlos porque los fierritos habituales que usa cualquier aparato de medición y recolección de datos no llegan a captarlos. Esta gran dificultad que tienen los *susurros* para transformarse en dato político motiva que cada vez que acontece ese pasaje se grite como un gol al ángulo.

El contexto actual de pandemia –con su crisis y alteración de todos los cálculos, con los ánimos caldeados– requiere más que nunca un oído fino para los *murmillos*. Y un esfuerzo extra de “traducción” a escala estatal de todo un complejo mapa: de límites subjetivos y límites objetivos, a partir de necesidades concretas y conflictividades.

“Testeos rápidos” de las fuerzas sociales, para decirlo con la jerga del momento. ¿Sobre qué sociedad cae este gran quilombo? Porque por momentos parecería que el coronavirus puso el contador en cero en muchas cuestiones, o que funcionó de hecho como un disipador de la pesada herencia del macrismo. ¿Qué pasa más allá de los datos fríos (las estadísticas de infectados y muertos) y los datos calientes (una emocionalidad que se escapa de las sensibilidades sociales a investigar)? ¿Y cómo se está procesando la cuarentena por fuera de los sistemas de expectativas, los cálculos de siempre, los regímenes de obiedad y los consensos efímeros (el “minuto a minuto”)?

En el laburo de investigación que venimos desarrollando hace casi doce años, encontramos que las cartografías permanentes y en alianza concreta con las fuerzas y los ánimos que circulan en

diferentes espacios e instituciones sociales son un posible método para “grabar” *susurros*: cazafantasmas que llevan de aquí para allá esos poco vistosos y sofisticados aparatos para detectar si hay casas embrujadas, como se muestra en las películas de terror (y no quedan dudas de que estamos metidos en una). En esos mapeos permanentes e ininterrumpidos que se dibujan muchas veces a las apuradas (y que se hacen sin financiamiento, entrando por la ventana de alguna institución, bancándose una no grata ni celebrable soledad política, apostando siempre por la *desorientación voluntaria*), hemos logrado cazar algunos susurros, pocos quizá, no lo sabemos, pero que en ciertas ocasiones pueden hacerse más audibles.

Hay una enseñanza que estos mapas siempre incompletos nos dejan como legado: no es posible manejarse con certezas. Las ubicaciones nunca son exactas, los territorios son difusos, complejos y ambiguos: *Qué sé yo la dirección exacta, amigo: seguí todo derecho por allá, en línea recta siempre*. Tampoco es posible hacer un mapa al toque como si fuese el laburo de un movilero que sale quemando gomas a cubrir una noticia de último momento (notamos en estos años que quienes rechazan el trabajo artesanal de hacer cartografía se eyectan desesperados ante cada acontecimiento a recolectar rumores y testimonios para armar rápidas postas políticas). No solemos considerar que cada nuevo evento (por dramático que sea, por perturbador que sea, por trágico que sea) resetee de cero una sociedad y borre los mapas que se vienen desplegando; al contrario, pensamos que todo lo que *pasa* sucede intensificando lo que *es*, aniquilando fuerzas, aumentando o mutando otras, pero no forzando a empezar de cero. De vuelta: ¿cuál es el vínculo entre precariedad e implosión, entre precariedad y gorrudismo? ¿A qué sociedad llega esta pandemia, qué conflictividades intensifica, qué es posible “esperar” y qué no?

\* \* \*

Lo *social implosionado* es el registro de cómo en estos años de crisis y ajuste (ajuste económico, pero también ajuste vital) la vida se fue metiendo y detonando en un adentro cada vez más espeso e

insondable. Las implosiones sociales –generalmente huérfanas de imágenes políticas y regaladas involuntariamente al gorrudismo ambiente, al securitismo, al realismo sórdido de la derecha y su eficiente gestión cotidiana de la intranquilidad y el terror anímico que la precariedad provoca– son un elemento central de la sociedad ajustada, trasfondo ineludible de la pandemia y el aislamiento social obligatorio. La cuarentena se monta sobre una dinámica social y doméstica que está al palo e implosionada.

Aislamiento o cuarentena no quieren decir detenimiento, ni enfriamiento, al contrario. La “guerra contra el virus” no es una guerra tradicional, de esas que exacerbaban la productividad fabril y encienden los motores y los hornos. Esta es una guerra que implica ralentizar los planos públicos, laborales, productivos y sociales “del lado de afuera”, pero que mete toda la fuerza y la manija de la vereda hacia adentro: la implosión es hiperproductividad; se aceleran los cuerpos y las cabezas, todo al borde de la quemazón. Creer que en cuarentena se detiene la máquina es suponer una imagen de lo social preimplosionada. El aislamiento intensificó fuerzas que en una sociedad ajustada ya venían cargadas.

Un rasgo central de la vida ajustada es el cansancio. Mayorías agotadas por la intensificación de la movilización y la belicosidad del entramado cotidiano; por la “picantez” de los barrios; por el aumento de las gestiones diarias y los desbordes que detonan cuerpos y rejuntos; por sostener una familia, anímica y materialmente, sin dejar ningún elemento librado al azar; por administrar entradas de dinero de varios lados: trabajo, changas, subsidios, préstamos; por la necesidad de mantener un umbral de consumo empobrecido y de “emergencia”. Cansancio e hipermovilización que la reclusión intensifica por la falta de dinero; y porque todo se vuelve aún más áspero: el rejunte forzado, el amontonamiento en casas y barrios, el terror anímico que se multiplica al enfrentarse ahora también a un terror biológico, a la amenaza del virus propiamente dicho, a la posibilidad cercana de caer en un hospital desbordado.

Sabemos que la precariedad, cuando es totalitaria (es decir, cuando está en la base de todo lo que se arma para vivir: relaciones, redes, trabajos, consumo, deuda, vivienda; cuando toma y

actúa sobre la totalidad de la vida; cuando no es posible pararse sobre otra superficie que estructure, y lo que queda entonces es la contingencia del día a día), produce de manera incesante *cortes*: sobre el fondo horizontal de precariedad se establecen jerarquías, verticalidades a veces feroces –y a veces letales– que hacen aún más desigual y fragmentado un barrio. La precariedad totalitaria es territorio siempre vivo, lo totalitario no paraliza ni cierra, al contrario, hace que todo lo que sucede en sus zonas –segmentos, pliegues y cortes– sea difícil de asir y politizar.

\* \* \*

Una obviedad a esta altura: las catástrofes o los grandes eventos dramáticos que suceden a lo largo de la historia nunca son democráticos. Las condiciones materiales de las existencias en la precariedad hacen que la pandemia se viva muy desigualmente. Así como las catástrofes tienen sus anillos, que en este caso establecen mayor o menor carga viral, en relación con la precariedad se puede pensar algo similar: a mayor exposición a la precariedad, es decir, a mayor subordinación en las jerarquías que se inauguren, mayor exposición al terror anímico que del “fondo” emana.

El terror biológico es más potente, entonces, cuando se intensifica en los demás terrores: el anímico, el financiero. Hay cuerpos y vidas más o menos preparadas para las dosis de terror a recibir, porque siempre la doctrina del shock es selectiva. (Y, de vuelta, imposible no conectar la noción de “población de riesgo” con la de precariedad, ni tampoco con la pesada herencia que dejó el macrismo: endeudamiento, gorrudismo, mayor informalidad y flexibilidad laboral).

Ajustados, apestados y en lacerante cercanía con la “carga viral” de la precariedad totalitaria, los efectos serán más dramáticos: vidas mal escapadas del confinamiento. Allí irrumpen las letales violencias del interior: femicidios, quilombos intrafamiliares, bajones sin red, despidos, falta de dinero y sobreendeudamiento, que intensificarán aún más la cabeza quemada por la vida mula en recesión y con “desocupación”. También preocupa la profundidad de las heridas que durante el macrismo se inscribieron en

las “vidas infames”, esas que solo destellan para su feroz criminalización en las pantallas de la sociedad gorruda. Dolor y angustia que se siente más en las cárceles y “quintas” (centros de rehabilitación), donde la pérdida de contacto con el exterior actúa como un fuerte *boomerang* que en su vuelta arroja al fondo de una interioridad intranquila y manija.

En estos días se volvieron a activar los fantasmas recurrentes sobre un estallido social. Son fantasías, en tanto se ahorran la necesidad de contar con un mapa complejo, ambiguo y profundo sobre los interiores estallados: ¿qué pasa y cómo se vive en ese lado de acá de lo social, ese reverso íntimo y lejano de la sociedad? Las mitologías habituales sobre el caos suburbano –con independencia de que se pueda o no “pudrir todo” por esta extensa y por supuesto bancable cuarentena, o de que puedan acontecer feos desbordes– le regalan a la derechización afectiva el saber sobre ese “adentro infinito” que pudre cada segmento de la vida social, barrial, corporal, psíquica; un *acá* insondable para los lenguajes políticos, militantes y estatales más frecuentes.

Los distintos modos de conflicto son más o menos intensos y más o menos mortíferos según cuán insertos estén en las redes económicas, sociales, simbólicas, anímicas. Sobre estas guerras privadas funciona la implosión social. Por eso es muy difícil pensar campos de batalla comunes, grandes confrontaciones que cierran “por arriba”. Lo otro de la implosión social no sería un estallido o, dicho al revés, el estallido no sería la coronación de las implosiones, su toma de conciencia o de estado público. No solo porque no hay un vector que unifique todas esas guerras, sino porque además hay constantes implosiones a cielo abierto. Las guerras privadas, que no son “privatizadas” en el sentido ideológico del término, sino que recaen sobre un cuerpo, una casa, una vida, un rejunte, apuntan y se juegan en otros terrenos, distintos de aquellos que muchas veces desean los que, con buena o mala intención política, miden toda crisis según su capacidad de devenir estallido.

Pensar estrategias colectivas y políticas públicas en la implosión es un desafío complejo porque implica moverse y lidiar con fuerzas ambiguas, amorales, caóticas y porque, lejos de las imágenes



del conflicto social guetificado a un barrio o a una institución específica, o sujeto a los repertorios reconocibles, lo social implosionado obliga a estar de manera constante entrenando el oído y ensayando formas y formitas –no tan perdurables quizá– de intervención pública y agite político.



## **14. El hierro caliente de la soberanía alimentaria**

**Federico Orchani**  
**Florencia Badaracco**

La crisis que trajo consigo el covid-19 profundizó aún más el problema del acceso de gran parte de la población a una alimentación digna. Los injustificados aumentos de precios, el desabastecimiento, los problemas de distribución dejaron ver una herida al rojo vivo, consecuencia de un modelo agrícola industrial de producción y consumo basado en la especulación y la ganancia de unos pocos por sobre el bienestar de muchos.

En este contexto, ¿cuánto de la experiencia y del trabajo sostenido de las organizaciones populares con relación a la visibilización de productos de la economía popular, los circuitos alternativos a los grandes súper, la comercialización de mano directa de los productores logrará permear las napas del Estado?

Todas las proyecciones indican que nos acercamos a un escenario de catástrofe. En la Argentina eso se traduce, entre otras cosas, en falta de trabajo y más hambre. No suena retórico entonces afirmar que la necesidad de discutir el sistema agroproductivo dominante es un hierro caliente, y si se quieren cuidar las condiciones de vida de todos, en la mesa tiene que estar la práctica organizativa del sector de la agricultura familiar, campesina e indígena, y de la economía popular.

Ahora, para atacar el hambre en la Argentina de hoy, será preciso además cuestionar la concentración de la tierra. Gobiernos de distinto signo político, más o menos reformistas o conservadores, llevaron adelante algún tipo de política en ese sentido. Con esto queremos decir que el Estado puede y debe jugar un rol activo y decidido para que la cuestión de los alimentos no sea rehén del equilibrio entre la oferta y la demanda. Esa actitud deberá combinar planificación, regulación y, además, nutrirse de la participación fundamental de los actores presentes en el territorio.

## Llueve sobre mojado

En el primer capítulo de este libro, Paula Abal Medina define la pandemia como un gran catalizador de situaciones y urgencias preexistentes que se vieron agravadas por la crisis sanitaria, entre ellas el hambre y el desempleo.

Efectivamente, la cuestión alimentaria ya era un asunto urgente antes de la aparición del covid-19. Los alimentos fueron uno de los rubros más golpeados por la inflación en el último período. Según el Índice de Precios al Consumidor (Indec), solo en 2019 registraron un aumento anual del 56,8%, o sea, por encima del 53,8% de inflación general. Sobre el final del gobierno de Cambiemos, en septiembre de 2019, llegó la sanción de la Ley de Emergencia Alimentaria: uno de cada tres niños padecía hambre, solo el 6% de los argentinos ingería la cantidad de frutas y hortalizas que recomienda la OMS, y el país poseía uno de los mayores consumos per cápita de alimentos ultraprocesados. Aún con la Tarjeta Alimentar, medida impulsada por el actual ministro de Desarrollo Social, Daniel Arroyo, y en funcionamiento desde enero de 2020, alrededor del 17% de la población continúa sin comer, o comiendo poco o mal, según informes recientes de la FAO.

Al hambre y la malnutrición se suman condicionamientos estructurales de larga data: la concentración del sector agroalimentario –fundamentalmente la industria alimentaria y la distribución a través de las cadenas de hipermercados–, la concentración de la tierra y la subordinación de la producción al paquete tecnológico de empresas transnacionales que le imprimen una lógica de valorización financiera. Y todo esto impacta de lleno en el precio de los alimentos, en su disponibilidad, en su variedad y calidad.

A la vez, América Latina exhibe la distribución de tierras más desigual de todo el planeta. Según un informe de Oxfam, el 1% de los propietarios explota más de la mitad de las tierras agrícolas. En el caso argentino, por ejemplo, la agricultura familiar posee tan solo el 13,5% de la superficie agraria, pero representa el 75% de los productores del país, da cuenta de más del 60% de las verduras, supera el 85% en el sector caprino, más del 50% de porci-

nos, pollos parrilleros y explotaciones de tambo, y genera el 64% del trabajo permanente en el campo.

El problema, reflexiona Diego Montón de la CLOC-Vía Campesina, que viene estudiando el tema de manera sostenida, es que la agricultura familiar “está subordinada a la agroindustria corporativa y la dinámica de un mercado que, lejos de ser libre, es de unos pocos”. Un caso claro: solo cuatro empresas suman casi el 50% de la producción de harina y superan el 55% de la exportación de harina de trigo, rubro en el que la Argentina domina el 73% del mercado latinoamericano.

### **En el territorio**

La soberanía alimentaria surgió, a mediados de los noventa, como bandera de lucha frente a la ofensiva neoliberal que buscaba mercantilizar la alimentación. La llamada “revolución verde” del capital transnacional, que se presentaba como una solución a la crisis alimentaria, significó en los hechos la expansión del agronegocio, los alimentos transgénicos y agrotóxicos. A todo eso se sumó una serie de consecuencias negativas: monocultivos, tala indiscriminada, expulsiones de comunidades originarias del territorio, afectaciones de salud en las poblaciones expuestas al glifosato. Parida por las luchas campesinas, que ponen el foco en el derecho de los pueblos a su tierra y a definir qué alimentos ingerir y cómo producirlos, la soberanía alimentaria es una forma de producción y de relaciones sociales, y como tal una cultura, que reivindica lo ancestral y la biodiversidad, y articula lo local y lo cooperativo. Ahondar en esta línea significa impulsar la agroecología y la agricultura familiar como alternativas al modelo estanciero de producción intensiva e industrializada, que utiliza tecnologías de pastura y desmonte.

Son muchas las organizaciones que en el país vienen trabajando desde este enfoque. El Movimiento Campesino de Santiago del Estero (Mocase), la Unión de Trabajadores Rurales Sin Tierra de Mendoza, el Movimiento Campesino de Córdoba o la Red Puna en Jujuy, todos integrantes de la Vía Campesina, son algu-

nos de tantos, con varias décadas de historia acumulada. Varios de ellos, frente a la crisis del covid-19, activaron redes de distribución de alimentos que llegaron a las barriadas de Mendoza, Córdoba, Misiones, Neuquén y Buenos Aires. En el AMBA y también en la CABA, la Red Buen Vivir, del MP La Dignidad, el MTE Rural y la Unión de Trabajadores de la Tierra (UTT) montan ferias, mercados de consumo popular como Mecopo, almacenes, compras comunitarias, en las que comercializan –directamente del productor al consumidor– verduras, miel, pollos, quesos, aceite, harinas, chacinados.

Los verdurazos de la UTT lograron visibilizar la cuestión de los alimentos como un problema de todos. Fueron una expresión novedosa de protesta social, de acción directa efectiva, generaron adhesión popular además de repercusión mediática. Los productos y la modalidad de la economía popular se empezaron a despegar de un consumo y una apreciación solo “militante” o “campesina”. Se tornó palpable la real dimensión de la diferencia de precios que existe cuando se compra de primera mano al productor: puede llegar al 1500%. Qué comemos, cómo se producen los alimentos, quiénes se enriquecen y especulan con la comercialización de bienes esenciales para la sociedad se volvieron así coordenadas de reflexión cada vez más cercanas.

El Foro por un Programa Agrario Soberano y Popular, que se realizó en mayo de 2019 impulsado por varias de estas organizaciones y que reunió en el microestadio de Ferro a muchos activistas del campo y la ciudad de diversos ámbitos, materializó otra experiencia potente. Se reclamó allí toda una batería de políticas de acceso a la tierra, regularización dominial, fomento de circuitos cortos de comercialización y vinculación directa del productor al consumidor de la mano de un Estado que garantice la soberanía alimentaria del pueblo.

### **El Estado: problema y solución**

Algo de ese programa empezó a cuajar con el cambio en la composición de algunas agencias clave del Estado, a partir del triunfo

electoral del Frente de Todos en las presidenciales. Dirigentes de organizaciones campesinas e indígenas, pero también urbanas, accedieron a espacios de gestión estatal sensibles como la dirección de la Secretaría de Agricultura Familiar de la Nación; cuadros de organizaciones como la UTEP, la central sindical de movimientos populares, llegaron al Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. La designación de Nahuel Levaggi (UTT) al frente del Mercado Central de Buenos Aires también es auspiciosa porque prioriza la alimentación de la gente común sin que en el camino queden productores e intermediarios. Pero antes de ese nombramiento, pasaron cuatro meses de disputas intraburocráticas, que luego la pandemia fulminó. Aunque es temprano para balances, esta renovación sustancial puede ayudar a retroalimentar, expandir o potenciar experiencias de organización popular y territorial.

Al mismo tiempo, hay movidas que confunden. Resulta llamativo que luego de la denuncia, que aún se investiga, por la compra de alimentos con sobrepuestos que distribuye el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, el gobierno haya convocado al empresario Luis Pérez Compagnon de Molinos Río de la Plata, con la idea de adquirir 12 millones de toneladas de alimentos “sin intermediarios”. El gesto solo se entiende en la urgencia de la coyuntura, pero es un camino que se debe empezar a desandar. ¿Cómo?

Por ejemplo, asegurando que haya un paquete de productos que no sean prenda de las tensiones y vaivenes de la economía. La reciente sanción de la Ley de Góndolas es un avance en esa dirección porque busca establecer topes a la participación de grandes empresas en los estantes de los supermercados, así como mínimos obligatorios para artículos que producen tanto las pequeñas y medianas empresas como los productores de la economía popular y la agricultura familiar.

El Estado puede desarrollar programas locales de producción articulando municipios, organizaciones y productores; también podría incentivar el armado de empresas mixtas o cooperativas, lo que aumentaría las compras de insumos por región y disminuiría entonces los costos logísticos y operativos (que siempre se suman al producto final), además de acortar los circuitos de comercialización. Todo esto ocurre de hecho, pero por iniciativa

de las propias organizaciones. Tanto mejor sería la cristalización institucional a través de la creación de una Empresa Pública de Alimentos (EPA) que integre los distintos eslabones de la cadena productiva. El proyecto pertenece al Frente Patria Grande (FPG) y al Frente Ciudad Futura, de Santa Fe, dos espacios políticos que creen posible una “gestión social de lo común”. Ambos, a través de los diputados del FPG, impulsan en pinza que la EPA se convierta en ley nacional y que tenga su traducción local en Rosario, pues el intendente de esa ciudad ya manifestó su apoyo. La idea es empezar con plantas de fraccionamiento de alimentos de primera necesidad.

Pero sin dudas uno de los mayores cuellos de botella es la tierra. Una ley que garantice el acceso no debería dilatarse, y mucho menos en este contexto. El Estado nacional posee tierra disponible que puede ceder durante un tiempo para la producción de alimentos sanos y accesibles para las mayorías populares. Ya están funcionando experiencias piloto en provincias y municipios, que podrían replicarse en un futuro no demasiado lejano.

También se puede ir un paso más allá. Por ejemplo, si se cumple con el fallo reciente de la Corte Interamericana que dispuso que el Estado otorgue a la Asociación de Comunidades Indígenas Lhaka Honhat, con patrocinio del CELS, un título único a la propiedad comunitaria de 400 000 hectáreas de tierras ancestrales ubicadas en el norte de Salta, luego de veintidós años. Amparado en este caso, el Estado puede dictar normas que den “seguridad jurídica al derecho humano de propiedad comunitaria indígena”, y de este modo mejorar las condiciones para el acceso al territorio, elemento central para garantizar la soberanía alimentaria.

La “Declaración de los derechos de los campesinos y otras personas que trabajan en áreas rurales”, que la Asamblea General de la ONU aprobó a fines de 2018, constituye una guía ineludible para trazar políticas públicas vinculadas al sector, ya que enumera algunas: acceso a la tierra y al agua de riego, acceso a mercados y precios justos para un nivel de vida adecuado, acceso al agregado de valor, derecho a las semillas, entre otras. En aquella votación, el gobierno de Cambiemos se abstuvo, una actitud que puede ser



enmendada por la Argentina si se definen garantías para el campesinado y su capacidad para producir alimentos.

Los desafíos están a la vuelta de la esquina. En un contexto de crisis, lo extraordinario asoma como posible, resurgen ideas que hasta ayer podían sonar extemporáneas o demasiado audaces para el posibilismo nuestro de cada día. Sin embargo, la necesidad de que los Estados hagan algún tipo de reforma agraria con eje en la alimentación y adhieran a la propuesta de la soberanía alimentaria no es ya el ideal de un segmento de la sociedad sino una interpelación urgente, y tal vez el único sendero viable para que en el incierto mundo pospandémico tengamos una vida digna. Si no es ahora, cuándo.



## 15. Unidad para qué

Juan Grabois

La unidad nacional siempre fue un cliché ambiguo. En primer lugar, ¿de qué nación hablamos? O, incluso, ¿qué es una nación? ¿Aquella unidad de destino nacida al calor de la gesta de la independencia, que insinuaba una dinámica integradora entre los pueblos originarios y la cultura criolla? ¿O la estrecha concepción liberal que la circunscribe a un mapa trazado por poderes exógenos, con sus instituciones decimonónicas mal copiadas del hemisferio norte? ¿La Argentina grande, bioceánica, que emergió del proceso revolucionario de Mayo? ¿O la Argentina pequeña, desmembrada por la obstinación unitaria y la astuta diplomacia británica? ¿O tal vez la Argentina con perspectiva continentalista latente en la tradición popular latinoamericana?

Sin duda, hoy hablamos de otra cosa cuando apelamos a la unidad nacional. Los debates geopolíticos quedaron reducidos a algunos círculos de intelectuales marginales. La estrechez de miras y la ausencia de un proyecto estratégico plantean la unidad nacional en términos provincianos y liberales, como una amalgama de actores políticos y económicos en un contexto de dependencia y maldesarrollo. Son dos bonitas palabras, “unidad” y “nacional”, que se combinan sin un propósito claro para justificar una política de reformas moderadas en el mejor de los casos y, más asiduamente, de estabilización precaria de la decadente estructura de poder de nuestro país.

Podría decirse que la potencia de la unidad nacional radica en otro cliché de las superestructuras enunciativas: las políticas de Estado. Cabría preguntarse cuáles son. En las últimas décadas, solo algunas políticas del ciclo kirchnerista han resistido el cambio de gobierno y por tanto merecen tal nombre. Una de ellas

es la loable ampliación del sistema de seguridad social que hoy abarca a un alto porcentaje de la población con algún tipo de derecho económico. No es poca cosa si se compara con el resto de los trozos balcanizados de América Latina, pero reduce el espectro de lo posible a la dimensión del consumo individual de mera subsistencia.

Los movimientos populares vienen planteando con creciente fuerza una nueva generación de derechos de cariz comunitario, sintetizados en la consigna Tierra, Techo y Trabajo. Se trata de nivelar hacia arriba la realidad material del tercio de nuestra población trabajadora que está sumergido en la más indignante miseria. La reforma agraria, la integración urbana y la economía popular van abriéndose camino en el discurso público y la legislación como agenda de transformación de los sectores excluidos. En ese sentido, la CTEP, el Triunvirato de San Cayetano y la flamante UTEP, en alianza con un sector importante del sindicalismo tradicional, han logrado impulsar tres leyes fundamentales que marcan esta perspectiva.

Para ponerlas en orden cronológico, podríamos enumerarlas de este modo. En primer lugar, la olvidada Ley de Reparación Histórica de la Agricultura Familiar, sancionada durante el gobierno de Cristina Fernández; en segundo lugar, la Ley de Economía Popular y Salario Social Complementario, más conocida como “Emergencia Social”; en tercer lugar, la Ley de Integración Sociourbana de los Barrios Populares (las dos últimas sancionadas durante el gobierno de Mauricio Macri por una abrumadora mayoría parlamentaria en ambas cámaras). Un conjunto de nuevos derechos que intentan materializar esa consigna de las 3T. Políticas de Estado. Unidad nacional. Para algo.

Lamentablemente, los resultados prácticos de estas normas son escasos. La Ley de Agricultura Familiar nunca fue reglamentada y carece de presupuesto. Solo un 10% de los seis millones de trabajadoras y trabajadores de la economía popular acceden al salario social complementario y a los subsistemas de seguridad social asociados. Los procesos de integración sociourbana se limitan, por ahora, a la obtención del certificado de vivienda familiar que reconoce la posesión legítima de las familias asentadas en las ba-

riadas dominialmente irregulares. La falta de inversión pública y gestión creativa, desburocratizada, articulada, viene trabando el avance de estas reformas indispensables para la vida digna.

El rol de los movimientos populares es convertir en realidad efectiva estos papeles archivados, estas leyes semimuertas. ¿Cómo? Batallando en todos los frentes posibles. Incidiendo en la superestructura política para que las aplique, promoviendo parlamentarios que las defiendan, predicando para sostener estos temas en la agenda pública, aportando cuadros a las estructuras institucionales para que las desarrollen, movilizandolos para reclamar cuando se paralizan.

La pandemia del covid-19, expresión sanitaria de la crisis sistémica de la globalización capitalista, se presenta como un riesgo y una oportunidad para el desarrollo de nuestra propuesta. Riesgo, porque frente a lo incierto hay fuerzas que empujan una reestructuración política que garantice la salud y los privilegios para una minoría de la sociedad, conteniendo violentamente a las mayorías en las periferias precarias. Oportunidad, porque pone sobre la mesa la putrefacción de un país sobreurbanizado, empobrecido a escalas inimaginables, con un mercado laboral diminuto y un mercado inmobiliario expulsivo.

En cualquier caso, el contexto anticipa una confrontación muy fuerte entre ambas tendencias. La unidad nacional, en los términos estrechos en los que está planteada, parece difícil. Las condiciones de posibilidad de un consenso hegemónico progresivo radican en la capacidad de los movimientos populares para infundir en la clase dominante la certeza de que ceder algo es mejor que perderlo todo. Y eso parece difícil con una dirigencia narcotizada por las aspiraciones individuales, las pujillas de facción y la naturalización de una realidad distópica en la que un grifo con agua potable, un techo sin goteras, un salario mínimo que supere la canasta básica o un monte sin glifosato parecerían lujos inalcanzables.



## 16. Expropiación y después

**Mario Santucho**

El ministro de Economía de la Argentina publicó el 27 de marzo de 2020, en plena emergencia sanitaria, un artículo titulado [“Cinco principios para la pandemia”](#). Su tercera propuesta consiste en “preservar el capital organizacional (conocimientos) que existe hoy en las empresas, lo cual no es lo mismo que proteger las utilidades de los accionistas”, para de ese modo “preparar una recuperación más amplia tras la crisis”.

Esa sugerente distinción me motivó a hacerle una pregunta específica: “¿No es una crisis de esta magnitud una buena oportunidad para la emergencia de otro tipo de empresariado, que pueda asumir el desafío productivo que viene después de la cuarentena?”.

Martín Guzmán respondió con prontitud: “La idea es justamente no defender a los empresarios sino al conocimiento que existe en las organizaciones. Lo contrario de lo que se hizo en el mundo en la crisis de 2008. Todo un desafío en el contexto del sistema actual”. Si interpreto bien la consideración del ministro, la clave estaría en distinguir las capacidades productivas de una empresa de la forma rentista que convierte a la acumulación contemporánea en una actividad esencialmente especuladora.

El 8 de junio, el presidente Alberto Fernández anunció la intervención de Vicentin, una de las tres firmas de capital nacional que lideran el Complejo Industrial Oleaginoso, sin duda el entramado productivo clave de la Argentina. El proceso de quiebra en el que se vio envuelto el tradicional grupo agroexportador es un caso testigo de la naturaleza fraudulenta que corroe al modo de producción, signado por la valorización financiera y la fuga de capitales. Vicentin es una expresión de la encrucijada que enfrenta el país,

entre limitarse a instrumentar un salvataje o decidirse a hacer las cosas de otra manera.

Una crisis es verdadera, o sea históricamente relevante, cuando las certezas que parecían inamovibles se revelan contingentes. Porque, entonces, la sociedad pende de un hilo. Tal incertidumbre es fuente de angustia y suele alimentar sentimientos conservadores. Pero también es el caldo de cultivo para alternativas innovadoras: tensar ese hilo al máximo para fundar algo nuevo, como quien tira una flecha en busca de territorios conceptuales aún no explorados. El desafío en la hora crítica que vivimos consiste en replantear de cuajo lo que entendemos por empresa.

### **La noche de los proletarios**

Se sabe que el triunfo del neoliberalismo tiene como fundamento la financierización de la economía, es decir, la hegemonía del capital financiero en el proceso de producción de valor. Las nuevas tecnologías digitales fueron su condición de posibilidad, al acelerar el desplazamiento del dinero permitiéndole conquistar su definitiva dimensión global. Una de las consecuencias más visibles es el fin de la promesa del pleno empleo y, con él, del acceso a la ciudadanía para todos a través del salario.

A partir de ese momento asistimos a la expulsión sistemática del mercado laboral de vastos sectores de la población. Los trabajadores formales disminuyeron y ya son una minoría, al tiempo que fue apareciendo una masa inmensa de “excluidos” cuyas vidas pasaron a estar signadas por la precariedad existencial.

Pero poco a poco este nuevo sujeto desclasado comenzó a reconocer su propia potencia de actuar y se rebeló contra el mote de “improductivo” que el mercado y los medios de comunicación le propinaban. Se percató de que el empleo no es sinónimo de trabajo, que este último puede adoptar otras formas de expresarse, y que estar desempleado no significa necesariamente carecer de ocupación. A partir de este espabilar subjetivo surge la economía popular, un movimiento multiforme y magmático que se organizó para exigirle al Estado los medios indispensables de subsistencia.



Y en ese proceso de lucha fue descubriendo que no solo tiene el poder para conseguir el sustento, sino que también es capaz de producirlo.

Casi en paralelo a esta emergencia plebeya se desató la rebelión feminista, cuyo origen fue el “Ni una menos” contra la violencia machista. Para combatir el abuso patriarcal, las mujeres están desplegando un masivo movimiento de politización de los cuidados. Y la teoría económica que emana de esa estrategia de poder pone la reproducción social en el centro del debate, desordenando lo que entendemos por “valor”. En el corazón de esta propuesta anida una auténtica inversión de las prioridades, capaz de alumbrar una alternativa al capitalismo.

### **La otra cara de la moneda**

Hasta aquí lo que ya ha sido dicho desde diferentes perspectivas críticas. Pero hay algo que no hemos percibido con la misma nitidez, quizá porque se trata de un giro un tanto insólito: resulta que la financierización también está expulsando al empresariado del proceso productivo.

Para comprender el sentido de este desplazamiento es preciso tomar nota de un fenómeno que algunos economistas contemporáneos definen como “el devenir renta de la ganancia capitalista”. Esto quiere decir que el beneficio se extrae cada vez menos de la productividad del trabajo y cada vez más es el resultado de una operación financiera. La fórmula general del capital deja de ser D-M-D’ (dinero-mercancía-dinero incrementado), para convertirse en D-D’. Y cuando el dinero produce dinero, la inversión productiva pierde atractivo. ¿Para qué sumergirse en el “barro” de la producción, donde hay que lidiar con los sindicatos, con el Estado burocrático, con los dilemas de la logística, si el beneficio puede incrementarse con un par de clics más o menos acertados?

Esto no significa que el capital se haya emancipado definitivamente de la producción material, ni siquiera que pueda verificarse una caída de la actividad industrial a escala planetaria. Lo que parece indudable es que la gran apuesta de John Maynard

Keynes, quien pronosticaba a mediados del siglo XX la inminente “eutanasia del rentista”, fue desmentida por la realidad. ¿Cuál es el significado político de esta tendencia económica?

La fuga del dinero hacia lo financiero mutila al capitalista de la función social que lo distinguió al inicio de la modernidad: organizar la cooperación para incrementar la productividad del trabajo humano. Durante cuatro siglos su aporte consistió en reunir las fuerzas productivas en un espacio y un tiempo determinados, desempeñando el papel de maestro de ceremonias. En su fábrica se daban cita la mano de obra, las máquinas, las materias primas; y al amparo de las instituciones públicas, se multiplicaban los panes, los peces y las mercancías. Pero al sacarse el traje de empresario y ponerse el frac del rentista, el capital perdió su razón de ser.

Aquel rol de coordinación que justificaba su ganancia –incluso si se quedaba con la mayor parte del botín– ahora es un mero señorío que se ejerce desde el exterior del proceso productivo. Al desterritorializarse, el capital financiero centraliza cada vez más el poder de mando en unos pocos fondos que definen las variables claves de la economía, como el valor de la moneda, las tasas de interés o el precio de los alimentos. Este es el fundamento ético del “extractivismo”, que convierte a los recursos comunes en *commodities* y a los ciudadanos en poblaciones endeudadas. Así, el capital dejó de ser un dínamo social y se ha convertido en un parásito.

La posibilidad de una recuperación productiva en la Argentina pospandemia choca de frente contra esta verdadera secesión de los propietarios. [Según el presidente del Banco Central](#), Miguel Pesce, el Estado está inyectando dinero en la sociedad de manera excepcional para atender la situación de emergencia que se vive (“Le estamos dando a la maquina con las dos manos”). El objetivo inmediato consiste en evitar que los niveles de pobreza asciendan del 40% que dejó el gobierno empresario de Macri a un 60%, producto de la caída en la actividad que se diagnostica. Pero lo que realmente está en juego es si esa transfusión extraordinaria de recursos podrá funcionar como un catalizador para reactivar la muribunda economía nacional. Luego de cumplido el primer ciclo de su realización, la mayor parte de esa masa dineraria ha sido absorbida por el puñado de empresas que proveen los bienes y servicios de

consumo masivo. Los funcionarios estatales saben que allí radica el momento crítico: ¿reinvertirán ese beneficio en el proceso productivo o volverán a escabullirse por la canaleta de la fuga de divisas?

### **Mejor que llorar es hacer**

Ante los hechos consumados algunos gobernantes se paralizan, otros se indignan, otros hacen puchero de resignación. Portan en sus mochilas una derrota difícil de remontar: cuando quiso reemplazar al capital en su función empresaria, el Estado casi siempre fracasó. Y todo parece indicar que no por una razón circunstancial de eficiencia, sino por una cuestión de principio: la idea misma de un “capitalista colectivo” es un oxímoron.

Es cierto que a veces los oxímoron funcionan como inspiración para grandes relatos épicos; pero las evidencias empíricas se siguen acumulando en lo que va del siglo XXI. Existe una vieja explicación teórica para esa incapacidad: el Estado expresa el interés general, no necesariamente el bien común. Y el interés general es una construcción hegemónica, cuyo diseño está en manos de los poderes del dinero. Conclusión: en el corazón mismo del Estado late el capital. ¿China confirma o desmiente esta premisa?

Ahora bien, si el dinero huye hacia el firmamento financiero no es solo porque allí la pase bomba. La contracara de ese éxodo es que “el trabajo” se torna cada vez más autónomo y productivo. Las y los laburantes se apropian con soltura de los sofisticados dispositivos comunicacionales y alcanzan, a través de las organizaciones sociales, las cooperativas o las asociaciones civiles, capacidades logísticas que les permiten gestionar segmentos cada vez mayores de la producción. Mientras garantizan la reproducción de la vida por fuera del mercado laboral capitalista, reinventan la afectividad tradicional desbordando a la familia y las sexualidades clásicas. La universalización del teletrabajo durante los meses de aislamiento obligatorio es otro índice de cómo se ha descentralizado la cooperación social.

El problema es que ese inmenso valor que producimos no se traduce en renta ni en poder político: estamos minusvalorados.

El verdadero cambio en las prioridades no consiste en combatir la pobreza, como propuso al inicio de su gobierno el presidente Alberto Fernández, sino en reconocer a los sujetos que producen la riqueza de la sociedad. Si algo nos ha permitido la pandemia es develar el infame descuido en el que sumergimos a aquellos resortes esenciales para la comunidad: la salud pública, la provisión de alimentos para la población, las condiciones habitacionales de las grandes mayorías, entre otros rubros.

Las alternativas en la historia no prosperan de manera espontánea ni son hijas del consenso. Hay que empujar para que nazcan, derrotar a las fuerzas que intentan impedir su aparición, y cuidar muy bien el sentido de esa emergencia. Para eso sirve la política: para inventar los modos de acción que plasmen en lo real aquello que existe como promesa o posibilidad. Quizás haya llegado la hora de perfilar un sujeto empresario de nuevo tipo, que sea capaz de articular las potencias productivas de la sociedad en función del bien común. Vicentin puede ser el vehículo de esta audaz innovación institucional.

## Les autores

### **Paula Abal Medina**

Nació en 1975. Es socióloga y trabaja como docente e investigadora en la Universidad Nacional de San Martín y el Conicet. Participa también en experiencias de formación política y sindical en Foetra, Sindicato de Trabajadores del Subte, Conadu y SEC (Rosario). Escribió, además de incontables artículos, el libro *Ser solo un número más. Trabajadores jóvenes, grandes empresas y activistas sindicales en la Argentina actual*. Es editora general del medio digital *La Nación Trabajadora*.  
@paulaabalmedina

### **Florencia Badaracco**

Nació en 1975. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Muchos años fue docente en esa universidad y en la Universidad de General Sarmiento. Formó parte de la dirección editorial de la revista cultural *Todavía* hasta que la cerraron. Trabaja en gestión cultural dentro del sector privado y está siempre buscando cómo dejar de hacerlo. @avecesflorbada

### **Alejandro Bercovich**

Nació en 1982. Licenciado en Economía y docente. Escribe en *BAE Negocios*. Conduce *Brotos Verdes* en C5N y *Pasaran cosas* en Radio con Vos. Coautor de los libros *Estoy verde*, *Dólar, una pasión argentina* y *Vaca Muerta. El sueño de un boom petrolero argentino*. @aleberco

### **Leandro Bartolotta**

Nació en 1983. Nació y vive en Quilmes. Veterano de esquina y leyenda del metegol de chapa, con título de sociólogo. Trabaja de docente en el Conurbano y en educación a distancia. Integra el Colectivo Juguetes Perdidos. @lea\_bartolotta

### **Ignacio Gago**

Nació en 1983. Vive en La Paternal. Integra el colectivo Juguetes Perdidos. Coautor del libro *Redondos. A quién le importa. Biografía política de Patricio Rey*.

### **Natalia Gelós**

Nació en Cabildo, provincia de Buenos Aires, en 1979. Es periodista *freelance*. Estudió en la Universidad Nacional de La Plata. Colabora en diferentes medios gráficos. Es autora del libro *Antonio Di Benedetto Periodista* (Capital Intelectual). @nataliagelos

### **Diego Golombek**

Es doctor en Ciencias Biológicas por la Universidad de Buenos Aires. Profesor titular en la Universidad Nacional de Quilmes e investigador superior del Conicet. Fue presidente de la Sociedad Argentina de Neurociencias y coordinador del Programa Nacional de Popularización de la Ciencia. Además de su labor como científico, tiene una reconocida trayectoria como divulgador de la ciencia en diversos ciclos televisivos y medios gráficos. Es autor de varios libros y uno de los organizadores de TEDxRíodelaPlata. @DiegoGolombek

### **Horacio González**

Nació en 1944. Sociólogo, docente, ensayista, escritor. Entre 2005 y 2015 fue director de la Biblioteca Nacional. Dirigió la revista *El ojo mocho*. Integró el espacio de intelectuales Carta Abierta, desde su fundación en 2008 hasta 2019. Profesor de Teoría estética, Pensamiento social latinoamericano y Pensamiento político argentino.

### **Juan Grabois**

Nació en 1983 en la ciudad de Buenos Aires. Es abogado, licenciado en Ciencias Sociales, autor, traductor y dirigente social. Es fundador y referente del Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) y de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP). Trabaja como docente de Teoría del Estado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, y dirige la Escuela Nacional de Organización Comunitaria y Economía Popular. Es autor del ensayo *La clase peligrosa* y de *Los siete pecados argentinos*. @JuanGrabois

### **Marcelo Leiras**

Profesor y director del Departamento de Ciencias Sociales y de la Maestría en Administración y Políticas Públicas de la Universidad de San Andrés. También es investigador independiente del Conicet. Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (1993) y Ph.D. en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Notre Dame (2006). Es autor de *Todos los caballos del rey: la integración de los partidos y el gobierno democrático de la Argentina, 1995-2003* y coeditor (junto con Daniel Brinks y Scott Mainwaring) del volumen *Reflections on uneven democracies: the legacy of Guillermo O'Donnell* (2014). @LeirasMarce

### **Paula Litvachky**

Nació en 1972. Abogada de derechos humanos. En el CELS desde Cemento. Trabajó cinco años en la Procuración General de la Nación. Desde febrero de 2020 es directora ejecutiva del CELS. @paula\_lit

### **Mariano Linás**

Nació en 1975. Es director, guionista, actor y profesor de cine. Integra –junto con Laura Citarella, Agustín Mendilaharsu y Alejo Moguillansky– El Pampero Cine, productora y laboratorio de experimentación cinematográfica. Dirigió *Balnearios*, *Historias extraordinarias* y *La flor*. @LinásMariano

### **Federico Orchani**

Nació en 1985. Santiagueño en Buenos aires. Activista de los derechos humanos en el CELS. Carrilero ida y vuelta entre el territorio y la ciencia política. @fedeorchani

### **Martín Rodríguez**

Nació en 1978. Es autor de varios libros de poesía, entre ellos *Agua negra*, *Maternidad Sardá* y *Ministerio de Desarrollo Social*. También publicó el libro de ensayos *Orden y progresismo, los años kirchneristas*. Colabora en el medio digital *La Política Online* y en el periódico *Le Monde diplomatique*. Es editor de la revista digital *La Nación Trabajadora*, y fundador y coeditor de *Panamá Revista*. Su último libro, escrito con Pablo Touzon, es *La grieta desnuda. El macrismo y su época*. @Tintalimon

### **Mario Santucho**

Nació en 1975. Estudió Sociología en la Universidad de Buenos Aires, formó parte del Colectivo Situaciones, hoy edita la revista *Crisis* y es un respetable jugador de béisbol. Autor del libro *Bombo, el reaparecido*, publicado en 2019. Conduce, junto con Ximena Tordini, el programa *Crisis en el aire*, en Radio Nacional.

### **Gonzalo Sarrais Alier**

Nació en Banfield en 1983 y vive en Caseros. Sociólogo. Trabaja hace tiempo en distintos programas sociales en el Conurbano y la CABA. Integra el Colectivo Juguetes Perdidos.

### **Mariano Schuster**

Es periodista. Es editor de la plataforma digital de *Nueva Sociedad*, editor de *La Vanguardia* (Argentina) y corresponsal argentino para el periódico español *El Confidencial*. Ha colaborado con medios como *Letras Libres*, *La Nación* y *Le Monde diplomatique*, entre otros. @schusmariano



**Rita Segato**

Es doctora en Antropología de la Queen's University of Belfast, Irlanda. Es profesora de Antropología y Bioética en la Cátedra Unesco de la Universidad de Brasilia. Sus principales campos de interés se centran en las nuevas formas de violencia contra las mujeres y en las consecuencias contemporáneas de la colonialidad del poder. Entre sus obras más importantes se encuentran: *Las estructuras elementales de la violencia*, *La nación y sus otros* y *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*.

**Juan Gabriel Tokatlian**

Nació en 1954. Ph.D. en Relaciones Internacionales por The Johns Hopkins University. Actualmente es vicerrector de la Universidad Di Tella. Autor del libro *Qué hacer con las drogas. Una mirada progresista sobre un tema habitualmente abordado desde el oportunismo político y los intereses creados*. Vivió y trabajó en Colombia entre 1981 y 1998.

**Ximena Tordini**

Es editora de la revista *Crisis* y directora de comunicación del CELS. En la actualidad, investiga las desapariciones contemporáneas. Conduce, junto con Mario Santucho, el programa *Crisis en el aire*, en Radio Nacional. @ximetordini

**siglo xxi editores, méxico**

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310 MÉXICO, DF  
[www.sigloxxieditores.com.mx](http://www.sigloxxieditores.com.mx)

**siglo xxi editores, argentina**

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA  
[www.sigloxxieditores.com.ar](http://www.sigloxxieditores.com.ar)

**anthropos**

LEPANT 241, 243 08013 BARCELONA, ESPAÑA  
[www.anthropos-editorial.com](http://www.anthropos-editorial.com)

---

---

La vida en suspenso: 16 hipótesis sobre la Argentina irreconocible que viene / Mario Santucho... [et al.]- 1ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2020.  
Libro digital, EPUB.- (Crisis)

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-801-025-0

1. Análisis Político. 2. Política Argentina. 3. Investigación Periodística.  
I. Gago, Ignacio.  
CDD 320.82

---

© 2020, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de colección: Eugenia Lardiés  
Ilustración de cubierta: Alejandro Galliano

ISBN 978-987-801-025-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina // Made in Argentina